

**LOS HERMANOS CORSOS**

**ALEJANDRO DUMAS**

## I

A principios de marzo de 1841, viajaba yo por Córcega.

Nada más pintoresco y más cómodo que un viaje por aquella isla: uno se embarca en Tolón, y en veinte horas se traslada a Ajaccio, o, en veinticuatro, a Bastia.

Ya en Bastia o en Ajaccio, uno compra o alquila un caballo: si lo primero, con aflojar de una vez ciento cincuenta peseticas está al cabo; si lo segundo, queda en paz pagando un duro por día. Y no se rían ustedes de la modicidad del precio; el caballo, comprado o alquilado, hace como el famoso caballo del gascón que saltaba desde el puente Nuevo al Sena, cosas que no harían Próspero ni Nautillo, héroes de las carreras de Chantilly y del Campo de Marte. Pasa por caminos en los que el mismísimo Balmat hubiera echado garfios, y por puentes en los que Auriol pediría un balancín.

Por lo que respecta al viajero, no tiene que hacer sino cerrar los ojos y dejar que el animal se las componga a su guisa: para nada le atañe a él el peligro.

Añadamos que con el caballo ese que pasa por todas partes, puede uno andar quince leguas diarias, sin que el animal pida bebida ni comida.

De tiempo en tiempo, cuando el viajero se detiene para visitar algún castillo levantado por algún señor, héroe y cabeza de una tradición feudal, o para dibujar alguna vetusta torre construida por los genoveses, el caballo tunde una mata de yerba, descortezza un árbol o lame una roca cubierta de musgo, y ya está.

En cuanto al alojamiento nocturno, todavía es más sencillo: el viajero llega a una aldea, atraviesa de punta a cabo la calle Mayor, escoge la casa que más le place y llama a la puerta de ella. Poco después se presenta en el umbral el amo, o la ama, incita al viajero a que se apee, le ofrece la mitad de su cena, su cama entera si no tiene más

que una, y, al día siguiente, al acompañarlo hasta la puerta, le da las gracias por haberle distinguido con su preferencia.

De retribución ni siquiera se habla: el dueño tomaría a grave ofensa la más leve palabra sobre el particular. Si en la casa sirve una muchacha, puede uno regalarle un pañuelo de seda, con el cual la maritornes, se aparejará un tocado pintoresco cuando vaya a la feria de Calvi o de Corte. Si el criado es varón, acepta sin remilgos un cuchillo-puñal con el que, si da con él de manos a boca, podrá matar a su enemigo.

Cumple informarse, además, de si los servidores de la casa son, como pasa algunas veces, parientes del amo, menos favorecidos que éste de la suerte, y que le prestan servicios domésticos en cambio de los cuales se aviene a aceptar los alimentos, la estancia, y uno o dos duros al mes.

Y no vaya a creerse que por eso estén menos bien atendidos los amos a quienes les sirven sus sobrinos o sus primos en quinceno, o veinteno, grado. No; por mi vida. Córcega es departamento francés; pero todavía está muy distante de ser Francia.

En cuanto a los ladrones, ni se oye hablar de ellos; ahora, por lo que hace a los bandidos, abundan más que los malos hermanos; pero ¡ajo! no confundan ustedes los unos con los otros.

Pueden ustedes ir a Ajaccio, o a Bastia, con una bolsa llena de oro colgada del arzón de su silla, sin que de uno a otro extremo de la isla hayan corrido ustedes el menor peligro; pero no vayan de Occana a Levaco, si tienen un enemigo que haya jurado vengarse de ustedes, pues no obstante ser de solas dos leguas el trayecto, sería fácil que no lo contarán.

Pues sí, como he dicho, a principios de marzo me encontraba yo en Córcega, solo, por haberse quedado Jadín en Roma; y a ella fui desde la isla de Elba, y desembarqué en Bastia, donde compré un caballo por las susodichas ciento cincuenta.

Conocedor como era yo de Corte y Ajaccio, por el pronto recorría la provincia de Sarteno, y el día a que quiero referirme, me encaminaba de Sarteno a Sullacaro.

La etapa era corta, quizá no llegaba a doce leguas, y esto todavía a causa de las vueltas y revueltas del camino y de un estribo de la cadena que forma la espina dorsal de la isla, y que no cabía otro remedio que atravesarlo. Por eso tomé un guía, para no extraviarme entre los zarzales.

A las cinco de la tarde llegamos a la cúspide del collado que domina a la vez a Olmeto y a Sullacaro, y allí nos detuvimos un instante.

-¿Dónde desea alojarse su señoría?- preguntóme el guía.

Dirigí una mirada a la aldea, y vi que sus calles estaban casi desiertas, pues sólo transitaban por ellas muy contadas mujeres, y aun andaban más que a prisa y mirando a todas partes.

Como en virtud de las reglas de hospitalidad establecidas- reglas sobre las cuales ya he dicho dos palabras-, tenía en mi mano escoger entre las ciento veinte casas que componen la aldea, busqué con los ojos la habitación que parecía ofrecerme más probabilidades de seguridad, y me fijé en un edificio cuadrado, construido al modo de fortaleza, con barbacanas delante de las ventanas y encima de la puerta.

Era la primera vez que se ofrecían a mi mirada aquellas fortificaciones civiles; pero hay que decir que la provincia de Sarteno es la tierra clásica de la venganza.

-Ya- profirió mi guía siguiendo con los ojos la indicación de mi mano-, vamos a casa de la señora Savilia de Franchi. No tiene mal gusto su señoría; se conoce que no le falta experiencia.

Para que no se me olvide, quiero decir aquí que en Córcega continúan hablando italiano.

-¿Hay inconveniente en que yo vaya a pedir hospitalidad a una mujer?- pregunté a mi guía; porque si no he oído a usted mal, aquella casa pertenece a una dama.

-A una dama pertenece, es verdad- replicó mi guía con ademán de extrañeza-; pero, ¿qué inconveniente quiere su señoría que haya en eso?

-Si la señora de Franchi es joven- proseguí, obedeciendo a las consideraciones sociales, o quizá y sin quizá movido por mi amor propio parisiense-, ¿no puede comprometerla el que yo pase una noche en su casa?

-¿Comprometerla?- repitió el guía buscando evidentemente el sentido de tal palabra, italianizada por mí con la frescura que nos caracteriza a los franceses cuando nos lanzamos a hablar una lengua extranjera.

-Claro está- repuse, empezando a impacientarme-; ¿no es viuda la señora Franchi?

-Sí, excelencia.

-Pues si es viuda, ¿recibirá en su casa a un joven?

Y aquí viene de molde decir que en marzo de 1841, tenía yo treinta y seis años y medio, y todavía me intitulaba joven,

-¿Si recibirá a un joven?- repitió el guía. ¿Y qué le va ni le viene a la señora Savilia el que usted sea joven o viejo?

-¿Qué edad tiene la señora Franchi? pregunté, al ver que de continuar interrogando como hasta entonces a mi guía, nada sacaría en limpio.

-Unos cuarenta años.

-Entonces de perlas- dije yo respondiendo a mis propios pensamientos.- ¡Tiene hijos!

-Dos, por cierto gallardos mozos.

-¿Los verá?

-Verá usted al que vive con ella.

-¿Y dónde vive el otro?

-En París.

-¿Qué edad tienen?

-Veintiún años

-¿Los dos?

-Sí, señor: son mellizos.

-¿A qué profesión se destinan?

-El que está en París, sigue la carrera de abogado.

-¿Y el otro?

-¡Oh! El otro será corso.

-¡Ah!- proferí, hallando bastante característica la respuesta, por más que mi guía me la hubiese dado con toda naturalidad-. Ea, vamos a casa de la señora Savilia de Franchi.

Mi guía y yo reanudamos la marcha, y diez minutos después entramos en la aldea.

Entonces noté una circunstancia en la que no pude fijarme desde lo alto de la colina, y es que todas las casas de Sullacaro estaban fortificadas como la de la señora Savilia; pero no con barbacanas, pues la pobreza de sus propietarios no les consentía indudablemente tal lujo de fortificaciones, sino sencillamente con gruesos y aspilleros tablo- nes de ventanas, o con ladrillos.

Pregunté a mi guía qué nombre daban ellos a las aspilleras, y respondiome que el de saeteras; lo cual me hizo comprender que las venganzas corsas eran anteriores a la invención de las armas de fuego.

A compás que íbamos internándonos en las calles, la aldea tomaba un carácter más profundo de soledad y de tristeza.

Muchas eran las casas que parecían haber sostenido sitios y estaban acribilladas a balazos.

De cuando en cuando y al través de las aspilleras, veíamos brillar una pupila curiosa que nos miraba pasar; pero era imposible ver si aquella pupila pertenecía a un hombre o a una mujer.

Por fin llegamos a la casa que yo designara a mi guía, y que en realidad era la mas grande de la aldea; pero llamome la atención que, fortificada en la apariencia por las barbacanas de que ya he hecho mérito, no lo estaba verdaderamente: quiero decir que en sus ventanas no había tablo- nes, ni ladrillos, ni saeteras, sino cristales, protegidos, de noche, por postigos.

Verdad es que tales postigos con huellas en las cuales un observador no podía ver otra cosa que agujeros abiertos por balas; pero aquellos agujeros eran antiguos y visiblemente remontaban a una decena de años.

Apenas mi guía hubo llamado, cuando se abrió la puerta, no con timidez y sólo entreabriéndola, sino de par en par y dando paso a un criado.

Al decir criado, me he expresado malamente; debí decir un hombre.

Porque lo positivo es que lo que hace al criado es la librea, y el individuo que abrió la puerta vestía chaqueta y calzas de terciopelo y polainas de cuero, y llevaba ceñidos los lomos con una abigarrada faja de seda, de la que sobresalía el mango de un cuchillo de forma española.

-Amigo mío- le dije-, ¿es indiscreción para un extranjero que no conoce a persona alguna en Sullacaro, el venir a pedir hospitalidad al ama de usted?

-No, excelencia- respondió el criado-; los extranjeros honran la casa en la cual se detiene-. Y volviéndose hacia una sirvienta que estaba a sus espaldas, añadió-: María, avise a usted a la señora Savilia que aquí está un viajero francés que pide hospitalidad.

Dichas estas palabras, el criado descendió una escalera de ocho gradas, empinada como escala de cuerda, que conducía a la puerta de entrada, y cogió de las riendas a mi caballo, libre ya de mi carga.

-No se apure vucencia por nada- me dijo el criado-. Van a subir su equipaje a su cuarto.

Huelga decir qué me aproveché de aquella incitación a la pereza, una de las más agradables que pueden hacerse a un viajero.

## II

Subí con ligereza la susodicha escalera, me interné en la casa, y al dar la vuelta a un corredor, me encontré con una mujer de arrogante estatura y vestida de luto, de treinta y ocho a cuarenta años, y en la cual eché de ver inmediatamente al ama de casa.

-Señora- dije deteniéndome ante ella e inclinándome-, debo parecer a usted muy indiscreto-, pero la costumbre de la tierra me abona y la incitación de su servidor me autoriza.

-Para la madre es usted bien llegado- me respondió la señora Franchi-, y pronto va a serlo usted para el hijo. Desde este instante es usted el dueño de la casa: por lo tanto puede usar de ella según más le agrade.

-Vengo a pedir hospitalidad sólo por una noche, señora. Mañana, al quebrar el alba, parto.

-Es usted libre de obrar como lo convenga, caballero. Sin embargo, espero que cambie usted de parecer, y que nos cabrá la honra de tenerle más tiempo en nuestra compañía.

Yo me incliné por segunda vez.

-María- continuó la señora Franchi-, conduzca usted al caballero al cuarto de Luis. Haga usted inmediatamente lumbre en la chimenea, y lleve agua caliente. Y volviéndose hacia mí, y mientras la sirvienta se disponía a seguir sus instrucciones, prosiguió:- Usted dispense; pero sé que lo primordial para un viajero fatigado es el agua y el fuego. Hágame usted la merced de seguir a la muchacha a la cual puede usted pedir cuanto le haga falta. Dentro de una hora cenamos, y mi hijo que de aquí a entonces se habrá recogido, tendrá, por otra parte, el honor de hacerle preguntar a usted si está usted visible.

-Perdone usted, señora, si me presento con estas ropas de viaje.

-Lo está usted, caballero- respondió la señora Savilia sonriéndose; pero con la condición de que usted, por su parte, va a perdonar la rusticidad de la recepción.



En esto la muchacha subió la escalera, yo la seguí después de haberme inclinado por la postrera vez.

El cuarto estaba situado en el piso primero, en la parte de atrás, y caía a un hermoso jardín cubierto de mirtos y adelfas y atravesado oblicuamente por un arroyo que iba a perderse en el Tavano.

En el horizonte, la vista estaba limitada por una como valla de abetos tan juntos, que parecían una pared.

Como en casi todos los aposentos de las casas italianas, las paredes del cuarto que me habían cedido estaban enjabelgadas y adornadas con algunos paisajes pintados al fresco.

Al punto comprendí que me habían cedido aquel cuarto, que era el del hijo ausente, por ser el más cómodo de la casa.

Mientras María hacía lumbre y preparaba agua, asaltáronme deseos de inventariar mi cuarto y por su alhajamiento formarme una idea del carácter del que lo habitaba.

Inmediatamente pasé del proyecto a la realidad, girando sobre el tacón izquierdo, y ejecutando de esta suerte un movimiento de rotación sobre mí mismo que me permitió pasar en revista y uno tras otro los diferentes objetos que me rodeaban.

El ajuar era moderno; lo cual, en aquella parte de la isla en la que todavía no ha entrado la civilización, no deja de ser una manifestación de lujo bastante rara. Componíase dicho ajuar de una cama de hierro con tres colchones y un almohada, de un diván, cuatro sillones, seis sillas, una biblioteca de dos cuerpos y un bufete, todo de caoba y evidentemente salido del taller del primer ebanista de Ajaccio.

Diván, sillones y sillas estaban cubiertos con sendas fundas de indiana con flores, y de igual tela eran las cortinas que colgaban delante de las ventanas y envolvían la cama.

En este punto de mi inventario, María se salió, dejándome libre de proseguir más minuciosamente mis investigaciones.

Al efecto abrí la biblioteca, y hallé en ella la colección de todos nuestros grandes poetas, quiero decir: de Corneille, Racine, Moliere, La Fontaine, Ronsard, Víctor Hugo y Lamartine; de nuestros mora-

listas Montaigne, Pascal y Labruyere; de nuestros historiadores Mezeray, Chateaubriand y Agustín Thierry; de nuestros sabios Cuvier, Bendant y Elías de Beaumont, y por último algunas novelas, entre las cuales saludé con cierto orgullo mis *Impresiones de viaje*.

Como en los cajones del bufete estaban las llaves, abrí uno, y en él hallé fragmentos de una historia de Córcega, un trabajo referente a los medios que deberían emplearse para abolir la venganza, versos franceses, y algunos sonetos italianos: todo manuscrito. Era más de lo que yo necesitaba, y dime a entender que no tenía para qué llevar más allá mis investigaciones para formar concepto de Luis de Franchi.

El cual debía ser sosegado, estudioso y, partidario de las reformas francesas. Entonces comprendí que se hubiese ido a París para recibirse de abogado; y es que tal proyecto encerraba indudablemente para él un plan de civilización.

Estas reflexiones las hacía yo mientras me vestía.

Mi tocado, aunque no dejaba de ser pintoresco, estaba necesitado de cierta indulgencia, como ya se lo había dicho yo a la señora de Franchi. Componíase de una chaqueta de terciopelo negro, abierta en las costuras de las mangas, a fin de darme aire en las horas cálidas del día, camisa de seda listada, pantalones también de terciopelo negro, sujetados desde la rodilla al tobillo por polaina; españolas abiertas a un lado y bordadas de sedas de colores, y un sombrero de fieltro que tomaba todas las formas que uno quería darle.

Acababa yo de enfundarme en aquella especie de traje, que recomiendo a los viajeros como uno de los más cómodos que conozco, cuando se abrió la puerta de mi cuarto y apareció en ella el mismo individuo que me introdujera en la casa, para anunciarme que acababa de llegar su joven amo, el señor Luciano de Franchi, el cual solicitaba de mí, en el caso de estar visible, licencia para venir a darme la bienvenida.

Excuso decir que me puse a las órdenes de Luciano de Franchi.

Poco después oí rumor de pasos apresurados, y casi al punto me encontré en presencia de mi hospedador.

### III

El cual era, como me lo había dicho mi guía, un mozo de veinte a veintiún años, de cabellos negros y tez oscurecida por el sol, y más bien bajo que no alto, pero admirablemente proporcionado.

En su afán de saludarme, Luciano subió cual se encontraba, esto es: en traje de montar, compuesto de gabán de paño verde, al que daba cierto aspecto militar una cartuchera ceñida a los lomos, pantalones de paño ceniciento, forrados de piel de Rusia en la entropierna, botas con espuelas, y gorra parecida a la que usan nuestros cazadores de África.

Olvidábaseme decir que, pendientes de su cartuchera, llevaba, a un lado, un frasco de viaje, y al otro una pistola, y que, además, empuñaba una carabina inglesa.

Luciano de Franchi, cuyo labio superior apenas estaba sombreado por el bozo, no obstante su juventud, respiraba por todos sus poros un aire de independencia y de resolución que me dejaron admirado.

Echábase de ver en él al hombre criado para la lucha material, acostumbrado a vivir en medio del peligro sin temerlo, pero también sin despreciarlo: grave porque está solitario, tranquilo porque es fuerte.

Una sola mirada le bastó a mi hospedador para verlo todo, mi estuche, mis armas, el traje que acababa yo de quitarme y el que ahora vestía.

Su mirada era tan pronta e infalible como la de todo hombre cuya vida depende a las veces de una ojeada.

-Perdóneme usted si le importuno dijo Franchi-, pero me abona mi buena intención, como es la de informarme de si falta a usted algo. Nunca veo llegar sin cierta inquietud a un hombre del continente; porque somos todavía tan montaraces los corsos, que en realidad de verdad, ejercemos temblando, sobre todo para con los franceses, nuestra antigua hospitalidad que, por lo demás, pronto será la única tradición que de nuestros padres nos quede.

-Hace usted mal en darse mal rato, señor Franchi- respondí-, pues es difícil prevenir mejor las necesidades de un viajero que lo ha hecho la señora Savilia.- Y dirigiendo a mi vez una mirada alrededor del aposento añadió:- Por otra parte, no es aquí donde me quejaré de la supuesta salvajez de que me ha hablado usted con un poco de buena voluntad, y como no viese yo desde estas ventanas la admirable perspectiva que se ofrece a mis ojos, podría darme a entender que me encuentro en un cuarto de la Calzada de Antín.

-Sí- profirió Luciano-, era una manía de mi pobre hermano Luis: le gustaba vivir a la francesa; pero dudo que cuando regrese de París, le baste, como antes de su partida, esta mezquina parodia de la civilización que habrá dejado.

-¿Hace mucho que salió de Córcega el señor hermano de usted?- pregunté a mi joven interlocutor.

-Diez meses.

-¿Le aguardan ustedes pronto?

-¡Oh!, no antes de tres o cuatro años.

-Es una ausencia muy larga para dos hermanos que indudablemente nunca se habían separado.

-Y sobre todo, para dos hermanos que se aman como nosotros nos amamos.

-Por supuesto que vendrá a ver a ustedes antes de acabar los estudios.

-Es probable: a lo menos así nos lo prometió.

-Como quiera que sea, nada impedirá a usted ir a hacerle una visita.

-No; yo no salgo de Córcega- profirió Luciano con acento que envolvía ese amor a la patria que confunde al resto de la tierra en un mismo desdén. Y al ver que yo me sonreía, se sonrió a su vez y añadió: A usted le parecerá singular que un hombre no quiera salir de un país mísero como el nuestro. ¡Qué quiere usted!, yo soy un como producto de la isla, como la carrasca y la adelfa; necesito una atmósfera impregnada de las emanaciones del mar y de la montaña; necesito

atravesar mis torrentes, subirme a mis peñas, explorar mis bosques; necesito espacio, libertad... Tengo para mí que si me trasladara a una ciudad, me moriría en ella.

-¿Como se explica una diferencia moral tan profunda entro usted y su hermano?

-Con un parecido físico tan estupendo, añadiría usted si usted lo conociese.

-¿Se parecen ustedes mucho?

-Hasta el extremo tal, que, cuando éramos niños, mis padres se veían obligados a ponernos una señal en nuestros vestidos para diferenciarnos uno de otro.

-¿Y al crecer?

-Nuestras costumbres han introducido una ligera diferencia en la tez, nada más. Mi hermano, entregado incesantemente a estudio y al dibujo, ha palidecido; yo, al contrario, corriendo siempre por la montaña y el llano, me he puesto moreno.

-Espero que me hará usted juez de esta la diferencia dándome algún encargo para el señor Luis de Franchi.

-Sí, lo haré, y con mucho gusto, si es usted tan amable. Pero usted perdone, veo que está más adelantado que yo en el tocado, y dentro de un cuarto de hora vamos a cenar.

-¿Va usted a tomarse para mí la molestia de mudar de traje?

-Aunque así fuese, no tendría usted que echarlo en cara a nadie más que a usted mismo, pues usted me habría dado el ejemplo, pero ya ve usted, voy en traje de montar, y es menester que me ponga el de montañés. En cenando tengo que hacer una diligencia, en la que me molestarían grandemente mis botas, y mis espuelas.

-¡Ah!, ¿después de cenar sale usted?

-Sí, tengo una cita... No se sonría usted maliciosamente; la cita a que me refiero no es por el estilo de las que se da usted a entender, sino motivada por asuntos graves.

-¿Supone usted que soy lo bastante presuntuoso para creer que tengo derecho a sus confidencias?

-¿Por qué no? Hay que vivir de manera que uno pueda decir en alta voz cuanto hace. Nunca he tenido amante, ni la tendré. Si mi hermana casa y tiene hijos, es probable que me quedaré soltero. Si, al contrario, Luis no toma mujer, será preciso que yo la tome, pero únicamente para que no se extinga mi linaje.- Y riéndose prosiguió:- Ya he dicho a usted que soy un verdadero montaraz; he venido al mundo un siglo demasiado tarde... Pero continuó charlando como una corneja, y, a la hora de cenar no estará listo.

-No se apure usted- repuse-, podemos continuar nuestra conversación. ¿No está frontero de éste el cuarto de usted? Deje usted pues abierta la puerta y conversaremos.

-Haga usted mejor, véngase a mi cuarto, y mientras me visto en mi tocador, usted, que por lo que veo, es aficionado a las armas, inspecciona las mías, algunas de las cuales tienen cierto valor, histórico, se entiende.

## IV

El ofrecimiento de Luciano armonizaba de tal suerte con mi deseo de comparar los aposentos de los dos hermanos, que acepté al punto, y seguí a mi hospedador, el cual abrió la puerta de su cuarto y se me anticipó para mostrarme el camino.

Ahora, parecióme entrar en un verdadero arsenal.

Todos los muebles eran del siglo XV y del XVI: la cama, esculpida y con dosel sostenido por columnas salomónicas, ostentaba, como las ventanas, colgaduras de damasco verde con flores de oro; las paredes estaban cubiertas de cuero de España, y, en todos los intervalos, había muebles que sostenían trofeos de armas góticas y modernas.

No era posible equivocarse respecto de las inclinaciones del que habitaba en aquel aposento: eran tan belicosas cuanto apacibles las de su hermano.

-Se halla usted en medio de tres siglos- me dijo el mozo entrando en su gabinete-: inspeccione usted. Yo, entretanto, me visto de montañés, como ya se lo he advertido, porque me urge salir en cenando.

-De todas esas espadas, arcabuces y puñales, ¿cuáles son las armas históricas de que usted me ha hablado?

-Hay tres; pero procedamos por orden. Busque usted en la cabecera de mi cama un puñal aislado, de ancha cazoleta y puño en forma de sello.

-Ya está. ¿Y bien?

-Es la daga de Sampietro.

-¿Del famoso Sampietro, el asesino de Vanina?

-¡El asesino!, el matador querrá usted decir.

-Páreceme que olivo y aceituno...

-En el resto de la tierra puede que sí, pero no en Córcega.

-¿Y es auténtico ese puñal?

-Mírelo usted y verá en él las armas de Sampietro, aunque sin la flor de lis de Francia; ya sabe usted que hasta después del sitio de Per-

piñán, Sampietro no estuvo autorizado, para grabar flor de lis en su blasón.

-Ignoraba esta circunstancia- dije-. ¿Y cómo pasó a manos de usted ese puñal?

-Hace tres siglos que está en las de la familia. El mismo Sampietro lo donó a un Napoleón de Franchi.

-¿En qué ocasión? ¿Lo sabe usted?

-Sí, señor. Sampietro y mi antecesor cayeron en una emboscada genovesa y se defendieron como leones; a Sampietro se la cayó el casco, y un jinete genovés iba a descargar sobre él su maza, cuando mi antepasado le hundió su puñal en el falso de la coraza; el jinete, al sentirse herido, picó a su caballo y huyó llevándose el puñal de Napoleón, tan hondamente clavado en la herida, que no pudo arrancárselo. Ahora bien, como, según parece, mi antecesor tenía mucho apego a su puñal, y deploraba haberlo perdido, Sampietro le dio el suyo. Napoleón no perdió en el cambio, pues ése es de marca española como puede usted cerciorarse, y taladra dos monedas de a cinco pesetas superpuestas.

-¿Me autoriza usted para que haga la prueba?

-Mucho que sí.

-Puse dos monedas de a cinco pesetas en el suelo y descargué sobre ellas y con fuerza el arma.

Luciano había dicho la verdad.

Cuando levanté el puñal, las dos piezas estaban clavadas en la punta, atravesadas de parte a parte.

-Realmente es el puñal de Sampietro- dije-. Lo único que me admira, es que poseyendo aquel semejante arma, se valiese de una sogá para matar a su mujer.

-Como la había dado a mi antecesor, ya no la poseía.

-Es cierto.

-Cuando Sampietro se trasladó expresamente de Constantinopla a Aix para dar al mundo la gran lección de que las mujeres no tenían que meterse en los negocios del Estado, tenía más de sesenta años.



Yo me incliné en señal de adhesión y volví el arma a su sitio.

-Bueno- dije a Luciano, que continuaba vistiéndose-, ya está en su clavo el puñal de Sampietro; ahora pasemos a otra arma.

-¿Ve usted dos retratos pareados?

-Sí, Paoli y Napoleón.

-Pues bien, junto al retrato, de Paoli hay una espada.

-La veo.

-Es la suya.

-¡La espada de Paoli! ¿Y es tan auténtica como el puñal de Sampietro?

-A lo menos, porque, como el puñal, fue donada, no a uno de mis abuelos, sino a una de mis abuelas.

-¿A una de sus abuelas, dice usted?

-Sí, señor. Puede que haya usted oído hablar de una mujer que, durante la guerra de la independencia, se presentó en la torre de Sullacaro acompañada de un doncel.

-No he oído hablar de tal mujer. Cuénteme usted esa historia.

-¡Oh!, es muy corta.

-Tanto peor.

-No tenemos tiempo de ser habladores.

-Escucho.

-Pues bien, la mujer y el doncel que he dicho, se presentaron en la torre de Sullacaro, pidiendo hablar con Paoli. Pero como Paoli estaba ocupado en escribir, les negaron la entrada, y como la mujer insistiese, los dos centinelas la apartaron. En esto, Paoli, que había oído ruido, abrió la puerta y preguntó cuál era la causa de aquella bulla.

-Soy yo- dijo la mujer- quería hablar contigo.

-“¿Y qué venías tú a decirme?”

-“Venía a decirte que tenía dos hijos. Ayer supe que el primero había muerto en defensa de la patria, y he hecho veinte leguas para traerte al segundo”.

-Me está usted contando una escena de Esparta- dije a Luciano.

-Sí, tiene muchos puntos de contacto.

-¿Y qué mujer era aquella?

-Una mi tatarabuela. Paoli descolgó su espada y se la dio.

-¡Hombre!, me hace gracia este modo de disculparse para con una mujer.

-¿Verdad que la manera fue digna de ella y de él?

-Sí. Bueno, ahora dígame usted, ¿y este sable?

-Es el que Bonaparte llevaba en la batalla de las Pirámides.

-¿Indudablemente ha pasado a poder de la familia de usted del mismo modo que el puñal y la espada?

-Sí, señor. Después de la batalla, Bonaparte dio a mi abuelo, oficial de guías, la orden de cargar, con cincuenta hombres, a un grupo de mamelucos que todavía se sostenían firmes en torno de un jefe herido. Mi abuelo obedeció, dispersó a los mamelucos y presentó el jefe al cónsul. Ahora bien, mi abuelo, al envainar, notó que no podía efectuarlo a causa de estar la hoja de su sable toda mellada por los yataganes de los mamelucos. Entonces mi abuelo arrojó lejos de sí sable y vaina, por serle ya inútiles, visto lo cual por Bonaparte, le dio el suyo.

-Yo de usted- repuse-, tanto me gustaría poseer el sable de mi abuelo, pese a estar mellado, como el del generalísimo, por mucho que se haya conservado intacto.

-Por eso puede usted verlo frontero de usted. El primer cónsul lo recogió, hizo incrustar en la empuñadura el diamante que ve usted en ella, y lo envió a mi familia con la inscripción que se lee en la hoja.

Efectivamente, entre las dos ventanas y medio fuera de la vaina, en la que no podía entrar, pendía el sable, mellado y torcido, con esta sencilla inscripción:

*Batalla de las Pirámides, 21 de Julio de 1798.*

En esto reapareció en el umbral el mismo servidor que me había introducido y me anunciara luego la llegada de su joven amo, y dirigiéndose a éste, le dijo:

-Excelencia, de parte de la señora de Franchi que la cena está servida.

-Está bien, Griffó- respondió Luciano-: diga usted a mi madre que al punto estamos con ella.

Dichas estas palabras, el joven se salió del gabinete, vestido de montañés, es decir, con redonda chaqueta de terciopelo, calzas y polainas; del traje de montar sólo había conservado la cartuchera que le ceñía la cintura.

Franchi me encontró ocupado en contemplar dos carabinas colgadas una frente a la otra y ambas con la siguiente inscripción incrustada en la culata:

*21 de setiembre de 1819, a las once de la mañana.*

-¿También son armas históricas estas carabinas?- pregunté.

-Sí, señor, a lo menos para nosotros. Una de ellas es la de mi padre...

-¿Y la otra?- pregunté al ver que Luciano se interrumpía.

-La otra- respondió Luciano echándose a reír-, es la de mi madre. Pero bajemos al comedor, ya sabe usted que nos están aguardando.

Y adelantándoseme para indicarme el camino, Franchi me hizo señas de que lo siguiese.

## V

Confieso que la última respuesta de mi hospedador me despertó en grado máximo la curiosidad.

-¡Cómo!- decía para mí-, ¡la carabina de su madre!

Esto hizo que me fijara todavía más que en la primera entrevista, en la señora de Franchi.

Su hijo, al entrar en el comedor, le besó respetuosamente la mano, y ella recibió este homenaje con la dignidad de una reina.

-Perdone usted, madre, si la hemos hecho esperar- dijo Luciano.

-En este caso- dije yo inclinándome-, mía es la culpa; el señor Luciano me ha referido y mostrado cosas tan curiosas, que con mis interminables preguntas le he hecho retardar.

-Sosiéguese usted- repuso la señora Savilia-, acabo de bajar ahora mismo.- Y, volviéndose hacia su hijo, añadió:- Anhelaba verte para pedirte nuevas de Luis.

-¡Por desventura estaría enfermo el hijo de usted?- pregunté a la señora de Franchi.

-Luciano así lo teme- respondió la dama.

-¿Ha recibido usted carta de su hermano?- pregunté a mi joven hospedador.

-No, señor, y eso es lo que me trae desasosegado.

-Entonces, ¿cómo sabe usted que esta enfermo?

-Porque estos días pasados lo he estado yo.

-Perdóneme usted mis eternas preguntas pero eso no me explica...

-¿No sabe usted que somos mellizos?

-Sí, señor, mi guía me lo ha dicho.

-Pero lo que tal vez no ha dicho a usted su guía es que mi hermano y yo vinimos al mundo unidos por el costado.

-Ignoraba esta circunstancia.

-Pues bien, para separarnos fue menester que se hiciese uso del escalpelo; de ahí que, por más que ahora estemos tan distantes uno del otro, siempre tenemos el mismo cuerpo, de manera que cuando uno de los dos siente una impresión física o moral, de rechazo la siente el otro. Pues bien, estos días, sin causa alguna, he estado triste, taciturno y sombrío, y he sentido dolorosas opresiones de corazón: luego es evidente que mi hermano tiene alguna pesadumbre.

Yo miraba con asombro a aquel joven, que me afirmaba una cosa tan extraña, al parecer con todo convencimiento.

La señora Savilia, que parecía participar de la convicción de Luciano, se sonrió con tristeza y dijo:

-Los ausentes están en la mano de Dios. Lo primordial es que tú sepas que vive.

-Como hubiese muerto- profirió Luciano con toda tranquilidad-, lo hubiera visto.

-Y tú me lo habrías dicho, ¿no es verdad, hijo mío?

-Sin demora, se lo juro a usted, madre.

-Bien- profirió la señora Savilia. Y volviéndose hacia mí, continuó: Perdone usted caballero, si ante usted no he sabido refrenar mi inquietud maternal: es que no sólo Luis y Luciano son mis hijos, pero también, los últimos de nuestro apellido... Hágame usted la merced de sentarse aquí, a mi derecha, y tú, Luciano, siéntate aquí, a mi izquierda.

Los tres nos sentamos al extremo de larga mesa, en el cabo opuesto de la cual había otros seis cubiertos destinados a lo que en Córcega apellidan la familia, esto es, a esos personajes que, en las grandes casas, ocupan el término medio entre los amos y los criados.

La mesa estaba copiosamente servida. Sin embargo, confieso que, aunque en aquel momento sentía un hambre devoradora, me limité a saciarla materialmente, sin que mi preocupado espíritu me permitiese saborear ninguno de los delicados placeres de la gastronomía.

En efecto, parecióme, al poner los pies en aquella casa, haber entrado en otro mundo, en el cual vivía como en sueños.

¿Qué mujer era aquella que tenía su carabina como un soldado?

¿Qué era aquel hermano que sentía los mismos dolores que su hermano, a trescientas leguas de él?

¿Qué madre era aquella que hacía jurar a un hijo presente, que si veía a su otro ausente muerto, se lo diría?

El lector no podrá menos de convenir que en todo cuanto me pasaba había materia abundante para la reflexión.

Con todo eso, como advertí que mi silencio era incivil, levanté la frente y moví a uno y otro lado la cabeza como para apartar de mí tales ideas.

Madre e hijo comprendieron sin tardanza que yo quería anudar la conversación, tanto que Luciano, como continuando una plática interrumpida, me dijo:

-¿Conque se ha decidido usted a venir a Córcega?

-Ya lo ve usted- respondí:- lo tenía proyectado hace mucho tiempo, y al fin me he decidido.

-Ha hecho usted bien en no tardar demasadamente, pues dentro de algunos años, con la sucesiva invasión de los gustos y costumbres franceses, los que vengan en busca de la Córcega no la hallarán.

-En todo caso- argüí-, si el antiguo espíritu nacional retrocede ante la civilización y se refugia en algún rincón de la isla, de fijo que será en la provincia de Sarteno y en el valle del Tavaró.

-¿Usted lo cree así?- me dijo sonriendo Luciano.

-Tengo para mí que lo que veo en mi derredor, aquí mismo, es un hermoso y noble cuadro de las antiguas costumbres corsas.

-Es verdad, y, sin embargo, entre mi madre y yo, frente a cuatrocientos años de recuerdos, en esta misma casa con almenas y barbacas, el espíritu francés ha venido a buscar a mi hermano, y se lo ha llevado a París, de donde va a regresar hecho un abogado. Luis habitará en Ajaccio en vez de habitar en la casa de sus padres; ejercerá la abogacía, y, si tiene talento, quizá lo nombren fiscal de S. M. Enton-

ces perseguirá a los pobres diablos que hayan hecho un pellejo, como dicen aquí por antífrasis, y confundiendo al asesino con el matador, como usted lo ha confundido hace poco, pedirá, en nombre de la ley, la cabeza de aquellos que habrán hecho lo que sus padres tenían a oprobio no hacerlo; sustituirá el juicio de los hombres al juicio de Dios, y, al llegar la noche, después de haber reclutado una cabeza para el verdugo, se dará a entender que ha servido a su patria, que ha aportado su piedra al templo de la civilización, que dice nuestro prefecto... ¡Válgame Dios!

Luciano, al proferir estas últimas palabras, levantó los ojos hacia el cielo como debió de hacerlo Anfbal después de la batalla de Zama.

-Sin embargo- repliqué-, ya ve usted que Dios ha contrapesado las cosas, pues a la par que ha hecho al hermano de usted secuaz de los nuevos principios, ha hecho a usted partidario de las antiguas costumbres.

-Sí; pero, ¿quién me asegura a mí que mi hermano no siga el ejemplo de su tío en vez de seguir el mío? Y aun yo mismo, ¿no hago cosas indignas de un Franchi?

-¿Usted?- exclamó con pasmo.

-Sí, señor, yo. ¿Quiere usted que le diga qué ha traído a usted a la provincia de Sarteno?

-Vamos a ver.

-Le ha traído su curiosidad de hombre de mundo, de artista o de poeta: ignoro qué es usted y cuente que no se lo pregunto; ya nos lo dirá usted cuando se vaya, si le place el decirlo, y si no, es usted muy libre de callárselo... Pues sí, usted ha venido en la esperanza de ver alguna aldea entregada de lleno a la venganza, de que lo pusiesen en relaciones con algún bandido bien original, como los que Merimée ha pintado en su Paloma.

-¡Hombre!, parece que no he llegado tan fuera de sazón como eso- repliqué-; o he visto mal o esta casa es la única de la aldea que no está fortificada.

-Lo cual prueba que yo también degenero; mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo, cualquiera de mis antepasados, se habría afiliado en uno de los dos bandos que hace diez años dividen la aldea. Pues bien, ¿sabe usted qué pito toco yo en todo ese fregado, en medio de los fusilazos y las cuchilladas? ¡Soy árbitro! Usted ha venido a la provincia de Sarteno para ver bandidos, ¿no es verdad? Pues bien, venga usted conmigo esta noche y le mostraré uno.

-¿Cómo! ¿Usted consiente que yo lo acompañe?

-De mil amores, si esto puede servir a usted de distracción.

-Acepto de bonísima gana.

-El caballero está muy fatigado- dijo la señora Savilia mirando a su hijo como si hubiese compartido con éste la vergüenza de ver degenerada de tal suerte la isla de Córcega.

-Al contrario, madre- repuso Luciano-, es preciso que venga; así, cuando en algún salón parisiense hablen en presencia del caballero de las terribles venganzas y de los implacables bandidos de esta tierra que todavía hacen ciscar de miedo a los niños de Bastia y de Ajaccio, a lo menos podrá encoger los hombros y decir lo que verdaderamente hay.

-Pero, ¿qué originó la gran contienda que, según desprendo de lo que usted me dice, está a punto de apaciguarse?

-¡Oh!- dijo Luciano-, en una contienda no es la causa lo importante, sino el efecto. Si una mosca enconada ocasiona la muerte de un hombre, no por eso deja de haber un hombre muerto.

Vi que el joven Franchi titubeaba en decirme la causa de la guerra terrible que hacia diez años desolaba la aldea de Sullacaro; pero cuanto más se encerraba él en la discreción, más exigente me mostraba yo.

-Sin embargo- dije-, esa contienda ha tenido una causa. ¿Por ventura no puede saberse qué la originó?

-La contienda se inició entre los Orlandi y los Colona.

-¿Por qué?



-Verá usted: del corral de los Orlandi se escapó una gallina que fue a parar en el de los Colona. Los Orlandi fueron a reclamar su gallina, y como los Colona sostuvieron que la gallina les pertenecía, los amenazaron con citarles ante el juez de paz y hacerles prestar juramento. Entonces la madre de los Colona, que tenía en la mano la gallina, retorció el cuello al ave y se la arrojó a la cara de su vecina, diciéndole: "Ya que es tuya, cómetela". Uno de los Orlandi levantó por las patas la gallina e hizo ademán de golpear con ella a la que la había arrojado a la cara de su hermana; pero en el instante en que levantó la mano, un Colona, que por desgracia empuñaba su escopeta cargada, le envió a quemarropa una bala y lo tendió en el sitio.

-¿Cuántas vidas ha costado esta pendencia?

-Nueve.

-¿Nueve vidas por una mísera gallina que valía dos sueldos?

-Ya he dicho a usted hace poco que no hay que fijarse en las causas, sino en los efectos.

-¿Y porque han perecido nueve personas es menester que muera otra?

-Ya ve usted que no, pues soy árbitro.

-Supongo que a ruego de una de las familias, ¿no es así?

-No, señor, sino a ruego de mi hermano, a quien hablaron del asunto en casa del ministro de Gracia y Justicia. ¿Me hace usted el favor de decirme qué diantre les importa en París lo que pasa en una miserable aldea de Córcega? De fijo que es el prefecto el que nos ha jugado esta treta, escribiendo a París que, si a mí me diese la gana, todo eso acabaría como un sainete, es decir, con una boda y una copa al público. Sí, el prefecto habrá escrito a mi hermano que ha cogido la pelota al vuelo y me ha enviado una carta diciéndome que había empeñado en mi nombre su palabra. ¡Qué quiere usted!- añadió Luciano irguiendo la cabeza, no quiero que en París puedan decir que un Franchi había empeñado la palabra de su hermano, y que su hermano no ha hecho honor al compromiso.

-¿Luego ha avenido usted a las partes?

-Mucho me lo temo.

-¿Y esta noche vamos a ver al jefe de uno de los dos bandos?

-Sí, señor; anoche me avisté con el otro.

-¿Es un Orlandi o un Colona el que vamos a visitar?

-Un Orlandi.

-¿Está lejos de aquí el lugar de la cita?

-Tenemos que avistarnos en las ruinas del castillo de Vicentello de Istria.

-¡Ah!, es verdad; hanme dicho que esas ruinas estaban en las cercanías.

-A una legua escasa.

-Luego llegaremos allá en tres cuartos de hora.

-A lo sumo.

-Repara, Luciano,- dijo la señora Savilia-, que hablas para ti. Tú, que eres montañés, apenas si necesitas tres cuartos de hora; pero el caballero no podrá pasar por los caminos que tú.

-Dice usted bien, madre; necesitamos a lo menos hora y media.

-Así, pues, no hay tiempo que perder,- repuso la señora de Franchi consultando el péndulo.

-Madre- dijo Luciano-, ¿nos da usted licencia para marcharnos?

La señora Savilia tendió la mano, que el joven besó con el mismo respeto que al llegar.

-Sin embargo- me dijo Luciano-, si usted prefiere acabar con toda tranquilidad la cena, subirse a su cuarto, y calentarse los pies fumando un puro...

-No, no- exclamé-. ¡Diantre!, me ha prometido usted un bandido, y no me quedo sin él.

-Pues vamos por nuestras escopetas, y andando.

Saludé respetuosamente a la señora Savilia, y nos salimos precedidos por Griffó, que nos alumbraba.

Nuestros preparativos no fueron largos.

Me ceñí un cinturón de viaje que me hice labrar ex profeso en París poco antes de mi partida, y del cual pendía un como cuchillo de monte, y encerraba, en un lado pólvora, y en el otro perdigones.

Luciano, por su parte, reapareció con su cartuchera, una escopeta de dos cañones de Mantón, un gorro puntiagudo, obra maestra de bordadura salida de manos de alguna Penélope de Sullacaro.

-¿Voy con vucencia?- preguntó Griffó.

-No- respondió Luciano-; basta que sueltes a Diamante; será fácil que nos haga levantar algún faisán, y con la hermosa luna que hace podremos tirar como en mitad del día.

Poco después aullaba de alegría a nuestro alrededor un corpulento sabueso.

-De molde- dijo Luciano cuando estuvimos a diez pasos de la casa y volviéndose hacia Griffó-: advierte a los vecinos de la aldea que si oyen algún tiro en la montaña no se alarmen; lo habremos disparado nosotros.

-Nada tema vucencia.

-Sin esta precaución- me dijo Luciano-, se habría dado a entender que habían empezado de nuevo las hostilidades, y habríamos oído responder en las calles de Sullacaro el eco de nuestras escopetas.

Nos adelantamos todavía algunos pasos, y luego nos metimos por una callejuela que se hacía a la derecha mano y conducía directamente a la montaña.

## VI

Aunque apenas había principiado marzo, hacía un tiempo magnífico, y pudiera haberse dicho caluroso, si no hubiese soplado una deliciosa brisa que, a la par que nos refrescaba, nos traía el acre y vivaz olor del mar.

La luna, clara y brillante, se elevaba a espaldas del Cagna, y derramaba cascadas de luz sobre la vertiente occidental que parte la Córcega en dos mitades, y hace, digámoslo así, de una sola isla dos países diferentes siempre en guerra, o a lo menos odiándose mutuamente.

A compás que íbamos subiendo, y que las gargantas por donde corre el Tavaro se sepultaban en una oscuridad cada vez más impenetrable, veíamos en el horizonte el Mediterráneo semejante a inmenso espejo de bruñido acero.

Oíanse ciertos rumores peculiares a la noche, o ya sea porque de día los absorben otros rumores, o ya porque verdaderamente despiertan con las tinieblas; rumores que producían, no en Luciano, que, familiarizado con ellos, podía conocer su origen, sino en mí, a quien eran extraños, sensaciones inexplicables que mantenían constantemente en mi espíritu la emoción que nos hace mirar con hondo interés cuanto nos rodea.

Llegados a una especie de pequeño empalme donde el camino se dividía en dos, es decir, en un camino que al parecer ceñía la montaña, y un sendero apenas visible que conducía en derechura a lo alto de ella, Luciano se detuvo y me preguntó.

-¿Tiene usted montañeses los pies?

-Los pies sí, pero no la vista- respondí.

-¡Ah!, ¿padece usted vértigos?

-Sí; el vacío me atrae de manera irresistible.

-Pues tomemos por ese sendero, que no ofrece más dificultad que la de ser escabroso.

-¡Oh!, en cuanto a eso, tanto se me da.

-Pues adelante; nada menos nos ahorramos que tres cuartos de camino.

-Ea, tomemos por ese sendero.

Luciano se internó en un bosquecillo de carrascas, y yo eché tras Luciano.

Diamante iba a cincuenta o sesenta pasos de nosotros, venteando a derecha y a izquierda, para regresar luego al sendero, meneando alegremente el rabo para anunciarnos que podíamos sin peligro alguno y confiados en su instinto, continuar tranquilamente nuestro camino.

Echábase de ver que, como los caballos que con dos fines alimentan ciertos semi elegantes, corredores de cambios por la mañana y pisaverdes por la tarde, y que a la vez quieren una bestia de silla y de cabriolé, Diamante estaba educado para la caza del bípedo y del cuadrúpedo, o si decimos, el bandido y el jabalí.

Para no aparentar que era del todo extraño a las costumbres corrasas, participé mi observación a Luciano.

-Se engaña usted- me dijo Franchi- cierto es que Diamante caza a la vez al hombre y al animal; pero no es el bandido el hombre a quien caza.

-¿A qué hombres caza, pues?

-A los gendarmes, a los soldados, a los voluntarios.

-¡Cómo!- exclamé-, ¿luego Diamante es un perro de bandido?

-Sí, señor. Diamante pertenecía a un Orlandi, a quien yo enviaba de vez en cuando, en el campo, pan, pólvora, balas y cuanto necesita un bandido. Muerto el Orlandi aquel a manos de un Colona, al día siguiente recibí su perro, que, acostumbrado a venir a mi casa, pronto se familiarizó conmigo.

-Pero, ¿no he visto yo otro perro desde mi cuarto, o por mejor decir desde la ventana del cuarto de usted?

-Sí; señor; aquel otro perro es Brusco, y tiene las mismas cualidades que éste; pero así como éste pertenecía a un Orlandi matado por

un Colona, el otro era de un Colona a quien mató un Orlandi: de lo cual se sigue que cuando voy a ver a un Colona me llevo a Brusco, y al revés, cuando tengo que habérmelas con un Orlandi, desato a Diamante. Si por desgracia sueltan a los dos a un tiempo, se devoran. Ya ve usted, pues- continuó Luciano sonriéndose con amargura-, que los hombres pueden reconciliarse, hacer las paces, comulgar con la misma hostia, pero los perros nunca comerán en la misma escudilla.

-He ahí dos verdaderos perros corsos dijo riéndose-; pero tengo para mí que Diamante, como todos los corazones modestos, ha hurtado el cuerpo para sustraerse a nuestras alabanzas; desde que hablamos de él ha desaparecido.

-Nada tema usted- profirió Luciano-, ya sé donde ésta.

-¿Dónde, si no soy indiscreto?

-En el *Mucchio*.

Aun a pique de abusar de la amabilidad de mi interlocutor, iba a dirigirle una nueva pregunta, cuando llegó a nosotros un aullido tan triste, tan prolongado, tan lamentable, que me estremecí, me detuve y, tocando con la mano el brazo de mi compañero, le dije:

-¿Qué es eso?

-Nada; es Diamante que llora..

-¿A quién llora?

-A su amo... ¿Le parece a usted si los perros son hombres, para olvidar a los que los han amado?

-¡Ah!, comprendo- dije.

Diamante lanzó otro aullido más prolongado, más triste y más lamentable todavía que el primero.

-Me ha dicho usted que habían matado a su amo, y nos acercamos al sitio donde le quitaron a aquel la vida, ¿no es verdad?

-Esto es- respondió Luciano-, y Diamante se ha separado de nosotros para ir al *Mucchio*.

-¿Luego el *Mucchio* es la tumba?

-Sí, señor, es decir, el *Mucchio* es el monumento que cada viandante levanta sobre la huesa de todo hombre asesinado, arrojando so-

bre ella una piedra y una rama. De ahí que en vez de borrarse, como las huesas comunes, al paso del gran nivelador a que apellidamos el tiempo, la tumba de la víctima se agranda incesantemente, como símbolo de la venganza que debe sobrevivirle y agrandarse sin cesar en el corazón de sus deudos más allegados.

Diamante exhaló un tercer aullido, pero ahora tan cerca de nosotros, que no pude menos de estremecerme por más que la causa de él me fuese conocida.

En efecto, al revolver de un sendero, y a unos veinte pasos de nosotros, vi blanquear un montón de piedras que formaba una pirámide de seis a ocho palmos de altura. Era el Mucchio.

Diamante estaba sentado al pie de aquel extraño monumento, con el cuello tendido y las fauces abiertas.

Luciano cogió una piedra, y quitándose su gorro se acercó al Mucchio.

Yo hice lo mismo.

Al llegar, junto a la pirámide, Franchi desgarró una rama de carrasca, la arrojó al Mucchio después de haberlo hecho con la piedra, y luego se persignó apresuradamente; costumbre corsa, si las hay, y a la cual el mismísimo Napoleón I pagaba tributo en ciertas circunstancias terribles.

Yo imité en un todo a Luciano, y ambos reanudamos la marcha silenciosos e imaginativos, dejando atrás a Diamante.

Unos diez minutos después oímos un postrer aullido, y casi al punto pasó junto a nosotros, con las orejas gachas y el rabo entre piernas, Diamante, que anduvo de esta suerte un centenar de pasos, y luego volvió a su oficio de explorador.

## VII

Nosotros seguíamos avanzando, y, como ya me lo advirtiera Franchi, el sendero iba haciéndose cada vez más escarpado.

Entonces, tercié mi escopeta para hacer uso de las manos. En cuanto a mi guía, seguía caminando como si tal cosa, y, al parecer, ni siquiera se había dado cuenta de la escabrosidad del terreno.

Tras algunos minutos de ascenso al través de las rocas, y con ayuda de las plantas trepadoras y de las raíces, llegamos a una como plataforma dominada por algunos arruinados muros, que no eran otros que los del castillo de Vicentello de Istria, término de nuestro viaje.

Al cabo de cinco minutos de un nuevo ascenso todavía más dificultoso y escarpado que el primero, Luciano, llegado a la última galería, me tendió la mano y tiró de mí diciéndome:

-Ea, para un parisiense no se ha portado usted mal.

-Eso es debido- repuse- a que el parisiense a quien acaba usted de prestar ayuda en su último salto ha hecho ya algunas excursiones por el estilo.

-Es verdad- exclamó Luciano, echándose a reír; ¿no hay cerca de París una montaña a la que dan el nombre de Montmartre?

-Si; pero además de Montmartre, de la que no reniego, he subido a otras montañas, tales como el Righi, el Faulborn, la Gemmi, el Vesubio, el Estrómboli y el Etna.

-¡Diablos! Ahora va a ser usted quien me mire con desdén; yo únicamente he subido al monte Rotondo. Sea lo que fuere, hemos llegado, que es lo que hacía al caso. Cuatro siglos atrás, mis antepasados hubieran abierto a usted la puerta de este castillo, y le habrían dado la bienvenida. Hoy su descendiente muestra a usted esta brecha y le dice: "Bien llegado sea usted a nuestras ruinas".

-¿Luego este castillo pertenece a la familia de usted, desde la muerte de Vicentello de Istria?- pregunté a mi compañero, anudando la conversación donde la habíamos dejado.



-No, señor; pero antes de nacer Vicentello era la morada de nuestra antecesora, la famosa Savilia, viuda de Luciano de Franchi.

-¿No refiere Filippini una historia terrible referente a esa mujer?

-Sí, señor. Como ahora fuese de día, desde aquí, podría usted ver aún las ruinas del castillo del Valle, en el que habitaba el señor Giudice, tan odiado cuanto ella era amada, tan feo cuanto ella hermosa. Giudice se enamoró de mi antecesora, y, como ella no se apresurara a corresponder a tal amor conforme a sus deseos, le envió un propio diciéndole que si no se decidía a aceptarlo por esposo dentro de un plazo determinado, se la haría suya a la fuerza. Savilia hizo que accedía, y convidó a comer con ella a Giudice, el cual, en el colmo de la alegría y olvidando que sólo llegara a tan lisonjero resultado con ayuda de la amenaza, compareció al convite acompañado únicamente de algunos servidores, tras los cuales cerraron la puerta. Cinco minutos después, Giudice estaba encerrado en un calabozo.

Pasé por el camino que Luciano me indicara, y me hallé en una especie de patio cuadrado.

Al través de los huecos abiertos por el tiempo, la luna extendía grandes manchas de luz por el suelo, lleno de escombros. En cuanto a las demás porciones del terreno, estaban envueltas en la sombra proyectada por los muros que se conservaban en pie.

-¡Ah!- dijo Franchi, consultando su reloj-, hemos llegado con veinte minutos de anticipación. Sentémonos; debe de estar usted fatigado.

Nos sentamos, o más bien nos tendimos en una pendiente alfombrada de césped frontera de una gran brecha.

-Paréceme que no me ha contado usted por entero la historia de su antepasada- dije a mi compañero.

-No- contestóme Luciano-, no se la he contado a usted hasta el fin. Pues bien, todas las mañanas y todas las tardes, Savilia bajaba al calabozo contiguo al en que estaba encerrado Giudice, y allí, separada de él tan sólo por una reja se desnudaba, y mostrándose al cautivo, le decía: "¿Cómo es posible que un hombre tan feo como tú pueda haber-

se dado a entender que poseería este cuerpo?” Este suplicio duró tres meses, renovándose dos veces por día; pero al cabo de los tres meses, y gracias a una doncella de Savilia a quien sobornó, Giudice logró fugarse, y volviendo con todos sus vasallos, mucho más numerosos que los de Savilia, tomó por asalto el castillo, se hizo a su vez dueño de Savilia, y la expuso desnuda, en una gran jaula de hierro, en una encrucijada del bosque llamada Boca de Cilaccia, ofreciendo él mismo la llave de la jaula aquella, a cuantos viandantes tentaba la hermosura de mi antepasada, que sólo sobrevivió tres días a aquella pública prostitución.

-Vamos, que en punto a venganza- dijo a Franchi-, los antepasados de ustedes no eran tan desmañados como eso, y aun tengo para mí que sus descendientes han degenerado un tantico al deshacerse de sus enemigos a escopetazos o a puñaladas.

-Sin contar que acabarán por no matarse. Pero a lo menos no ha pasado así en nuestra familia. Los dos hijos de Savilia, que se encontraban en Ajaccio, bajo la tutela de su tío, fueron educados como verdaderos corsos, y continuaron hostigando a los hijos de Giudice. Aquella guerra duró cuatro siglos, y no terminó hasta las once de la mañana del 21 de setiembre de 1819, como puede usted haberlo visto en las carabinas de mi padre y de mi madre.

-En efecto- repuse-, me acuerdo de esta inscripción, de la que no he tenido tiempo de preguntar a usted el porqué de ella, pues en el instante en que he acabado de leerla, nos hemos bajado a cenar.

-La explicación es muy sencilla- dijo Luciano-. En 1819, no quedaban más que dos hermanos de la familia Giudice, y de la familia Franchi, sólo mi padre, casado con su prima. Tres meses después de la boda de mi padre, los Giudice resolvieron acabar de una vez con nosotros, a cuyo efecto uno de los hermanos se emboscó en el camino de Olmedo para esperar a mi padre, mientras el otro, aprovechando la ausencia de aquel, debía asaltar nuestra casa. Todo se llevó a cabo según el plan que dejó expuesto, pero los resultados fueron muy distintos de lo que esperaran los agresores. Mi padre, advertido, estuvo

ojo avizor, y mi madre, advertida también, concentró a nuestros pastores, de manera que, en el momento de aquel doble ataque, mi padre estaba pronto a la defensa en la montaña, y mi madre en su dormitorio. Ahora bien, a los cinco minutos de haber empezado el combate, los dos hermanos Giudice, caían muertos, el uno a manos de mi padre, y a manos de mi madre el otro. Al ver caer a su enemigo, mi padre consultó su reloj, y vio que eran las once, y mi madre, al ver también caer a su enemigo, se volvió hacia el péndulo, y observó que eran las once. Todo había concluido al mismo tiempo, dentro del mismo minuto; ya no existía ningún Giudice; su linaje estaba destruido. La familia Franchi, victoriosa, desde entonces gozó de paz y tranquilidad, y como se había portado como buena durante aquella guerra de cuatro siglos, no volvió a inmiscuirse en cosa alguna; lo único que hizo mi padre fue mandar grabar la fecha y la hora de aquel singular acontecimiento en la culata de cada una de las carabinas que sirvieron de instrumento de muerte contra los Giudice, y las colgó una a cada lado del péndulo, en el sitio mismo en que usted las ha visto. Siete meses después, mi madre dio a luz dos mellizos, uno de los cuales soy yo, el corso Luciano y servidor de usted, y el otro el filántropo Luis, mi hermano.

En esto y en una de las porciones del terreno iluminado por la luna, vi proyectarse la sombra de un hombre y la de un perro. Era la sombra del bandido Orlandi y la de nuestro amigo Diamante.

Al mismo tiempo oímos el reloj de Sullacaro que sonaba lentamente las nueve.

Maese Orlandi, por lo que deduje, opinaba como Luis XV, que, como es sabido, tenía por máxima que la puntualidad es la galantería de los reyes.

Era imposible ser más puntual que lo fue aquel rey de la montaña, a quien Luciano había citado para aquel sitio a las nueve.

Al ver a Orlandi, mi compañero y yo nos levantamos.

## VIII

¿No ha venido usted solo, señor Luciano?- preguntó el bandido.

-No lo inquiete a usted eso, Orlandi respondió mi guía- el caballero es un amigo que ha oído hablar de usted y desea conocerlo, y al cual he creído no deber negarle este gusto.

-Bien venido sea el caballero al campo dijo el bandido inclinándose y acercándose a nosotros.

Yo le devolví el saludo con la más puntual civilidad.

-¿Hace rato que están ustedes aquí?

-Unos veinte minutos.

-Esto es: he oído la voz de Diamante que aullaba en el Mucchio, y hace ya un cuarto de hora que ha venido a mi encuentro. ¿Verdad que es una bestia buena y leal, señor Luciano?

-Usted lo ha dicho, Orlandi, bueno y leal- contestó Franchi, acariciando a Diamante.

-¿Por qué no ha venido usted más pronto si sabía que el señor Luciano estaba aquí?- pregunté al bandido.

-Porque la hora de la cita era las nueve- respondió Orlandi-, y tan poco puntual es el que llega un cuarto de hora antes como el que llega un cuarto de hora después.

-¿Me hace usted un cargo?- profirió Franchi, riéndose.

-No, señor; a usted podían asistirle razones para anticiparse; por otra parte va usted acompañado, e indudablemente a causa de eso ha faltado usted a su costumbre; porque también usted, señor Luciano, es usted puntual, y yo lo sé mejor que persona alguna. Gracias a Dios se ha molestado usted con bastante frecuencia por mí.

-Hombre, no vale la pena que por tan poco me dé usted las gracias, pues esta vez será probablemente la última.

-¿No tenemos que hablar algunas palabras sobre el particular, señor Luciano?- preguntó el bandido.

-Sí, y si le place a usted seguirme...

-Usted mande.

-Con su permiso- dijo Franchi volviéndose hacia mí.

-Usted lo tiene- repuse.

Franchi y el bandido se alejaron, y subiéndose a la brecha por la cual nos apareciera Orlandi, se detuvieron en ella en pie, resaltando los cuerpos de ambos sobre la luz de la luna, que parecía bañar de argentado fluido los contornos de sus siluetas.

Sólo entonces pude mirar con atención a Orlandi.

El cual era hombre de aventajada estatura y larguísima barba, y vestía como el joven Franchi, si bien sus ropas ostentaban la huella de un frecuente contacto con las malezas entre las que vivía su propietario, los espinos al través de los cuales más de una vez se viera obligado a huir, y la tierra que le servía de cama por la noche.

Me era imposible comprender lo que Luciano y el bandido decían, primeramente porque se hallaban a unos veinte pasos de mí y luego porque hablaban en corso.

Con todo eso, en sus ademanes comprendí que Orlandi repelía calurosamente una serie de argumentos que Luciano le exponía con sosiego, que hablaba en pro de la imparcialidad con que conducía el negocio aquel.

Por fin, los ademanes del bandido se hicieron menos frecuentes y menos vivos, y aun pareció que suavizaba la voz, hasta que por último, y a una postrera observación de su interlocutor, bajó la cabeza, y, al cabo de un instante, tendió la mano al joven.

Según toda probabilidad, la entrevista había terminado, pues Luciano y Orlandi se me acercaron.

-Mi querido huésped- me dijo Franchi-, tengo el gusto de presentar a usted a Orlandi, que desearía estrecharle la mano para darle las gracias.

-¡Las gracias! ¿Y de qué?- pregunté.

-De haberse usted avenido a ser uno de los padrinos. Así se lo he ofrecido en nombre de usted.

-Si se ha comprometido usted en mi nombre- repuso-, excuso decirle que acepto sin saber siquiera de qué se trata.

Dije, y tendí la mano al bandido, que se dignó tocarla con las yemas de sus dedos.

-Así podrá usted decir a mi hermano- continuó el joven-, que todo se ha arreglado a medida de su deseo, y aun que ha echado usted su firma al pacto.

-¿Conque hay boda?

-Todavía no; pero puede que andando el tiempo la haya.

-Consiento en las paces, porque usted lo exige redondamente- profirió Orlandi sonriéndose con desdén-; pero nada de alianzas: de esto no reza palabra el pacto.

-Es verdad- dijo Luciano-. Según toda probabilidad, esto está únicamente escrito en lo venidero.

Y volviéndose hacia mí, Franchi me preguntó:

-¿Ha oído usted algo mientras estaba yo hablando con Orlandi?

-¿De lo que ustedes decían?

-No, sino de lo que decía un faisán no lejos de aquí.

-En efecto, pareceme que he oído algo; pero me he dado a entender que era ilusión de mis sentidos.

-No se ha engañado usted- repuso Orlandi.

Y volviéndose hacia Franchi, añadió:

-A un centenar de pasos de aquí, en el lo alto del gran castaño que usted sabe, está encaramado un gallo. Hace poco, al venir, lo he oído.

-Pues es menester que nos lo comamos mañana- dijo Luciano riéndose.

-Ya lo habría derribado- profirió Orlandi-, a no haber temido que en la aldea pudiesen haber supuesto que disparaba sobre otra cosa que un faisán.

-Nada tema usted- dijo Franchi-, ya les he avisado.

Y volviéndose hacia mí y echándose a la espalda su escopeta, añadió:

-De molde, a usted le corresponde el honor de tirar sobre el faisán.

-Poco a poco- repliqué-, yo no estoy tan seguro como usted de mi puntería, y tengo empeño en comer mi parte de ese faisán, así pues despáchelo usted.

-La verdad es- repuso Luciano-, que usted no está acostumbrado, como nosotros, a cazar de noche, y de fijo apuntaría usted excesivamente bajo; por otra parte, si durante el día de mañana no tiene usted qué hacer, se desquitará usted.

## IX

Salimos de las ruinas por la parte opuesta a la por que entramos en ella, precedidos de Luciano, y, en el instante en que poníamos los pies en el carrascal, el faisán se dejó oír nuevamente, denunciándose a sí mismo.

El ave estaba a unos ochenta pasos de nosotros, escondido entre las ramas de un castaño rodeado de espesísimos zarzales que impedían acercarse a él.

-¿Cómo vamos a llegar hasta el faisán sin que nos oiga?- pregunté a Luciano-. No me parece tan fácil como eso.

-Dice usted bien- respondió Franchi-; como yo pudiese verlo, le tiraré desde aquí

-¿Cómo desde aquí!- repuse- ¿Posee usted por ventura una escopeta que mata a los faisanes a ochenta pasos?

-Con perdigones, no; pero sí con bala.

-¡Ah! Esto es harina de otro costal; ha hecho usted bien en encargarse de la tarea.

-¿Quiere usted verlo?- preguntó Orlandi.

-Sí- respondió Luciano- confieso que me gustaría.

-Pues aguarde usted unos segundos.

Y Orlandi se puso a imitar el cloqueo de la faisana.

En el mismo instante, aunque sin divisar al faisán, vimos moverse las hojas del castaño; el faisán subía de rama en rama, respondiendo a Orlandi y por fin pareció en el ápice del árbol, claramente visible y resaltando marcadamente sobre el blanco lechoso del cielo.

Orlandi se calló y el faisán quedó inmóvil.

Al mismo instante Luciano bajó su escopeta, y, después de haber apuntado por espacio de un segundo, tiró.

El faisán cayó como una pelota.

-Ea, tráelo- dijo Luciano a Diamante.



El sabueso se internó en los zarzales-, y cinco minutos después tornó con el faisán en la boca.

La bala había atravesado de parte a parte al ave.

-Magnífico tiro- dije-, y sobre todo con una escopeta de dos cañones; le doy a usted mi enhorabuena.

-Lo que yo hago no es tan meritorio como usted supone- profirió Franchi-. Uno de los cañones de mi escopeta está rayado y calza bala de carabina.

-No importa, aun con una carabina el tiro merece elogio.

-¡Bah!- replicó Orlandi-, con una carabina el señor Luciano pone, a trescientos pasos, una bala en una moneda de a cinco pesetas.

-¿Y es usted diestro en la pistola como en la escopeta?

-Casi casi- respondió el joven-; a veinte pasos y de cada doce seis, parto en dos mitades una bala en el filo de un cuchillo.

-¿Y su hermano es tan hábil como usted en el tiro?- pregunté, quitándome el sombrero y saludando a Franchi.

-¡Pobre Luis!- respondió Luciano-. En su vida ha tocado pistola ni escopeta. Por eso temo incesantemente que en París no se enfrasque en algún trance, porque siendo, como es, valiente, se hará matar en defensa del buen nombre de su tierra.

Dichas estas palabras, Luciano metió el faisán en su gran bolsa de terciopelo, y volviéndose hacia el bandido, profirió:

-Hasta mañana, mi querido Orlandi.

-Hasta mañana, señor Luciano.

-Conozco la puntualidad de usted- continuó Franchi; a las diez, usted, sus amigos y sus parientes se hallarán al extremo de la calle, ¿no es así? A la misma hora, del lado de la montaña y en el extremo opuesto de la calle, se hallará Colona con sus parientes y sus amigos. Nosotros estaremos en las gradas de la iglesia.

-Corriente, señor Luciano, y gracias por la molestia que usted se ha tomado. Y usted, caballero- continuó Orlandi, volviéndose hacia mí y saludándome-, gracias por el favor.

Tras el cambio de cumplidos, nos separamos. Orlandi volvió a internarse en el carrascal, y nosotros tomamos la vuelta de la aldea.

En cuanto a Diamante, quedó por un instante indeciso entre Orlandi y nosotros, mirando alternativamente a derecha y a izquierda. Por fin, y tras cinco minutos de vacilación, se dignó darnos la preferencia.

Confieso que al subir la doble muralla de las rocas de que he hablado, no dejé de pensar con inquietud en el modo como bajaría, pues ya es sabido que, por regla general, el descenso es mucho más difícil que la subida.

No sin satisfacción noté que Luciano, que indudablemente leyera en mi pensamiento, tomaba por un camino diferente que a la venida, camino que, además, tenía otra ventaja, la de poder uno conversar a lo largo de él sin estar expuesto a las interrupciones naturales a todo camino escabroso.

Ahora bien, como la pendiente era suave y llano el suelo, apenas hubimos andado cincuenta pasos, cuando me entregué de nuevo a mis habituales interrogaciones.

-¿Conque están hechas las paces?- dije a mi compañero.

-Sí, señor; y, como puede usted haber visto, no sin trabajo. Por fin le he hecho comprender que los Colonas habían sido los primeros en soltar prenda. Primeramente habían tenido cinco hombres muertos, y solamente cuatro los Orlandis. Los Colonas consintieron ayer en la reconciliación, y los Orlandis no lo han hecho hasta hoy; y por último, los Colonas se comprometían a restituir públicamente una gallina viva a los Orlandis, concesión demostrativa de que reconocían que la sinrazón estaba de parte de ellos. Esta última consideración lo ha decidido.

-¿Y es mañana el día de tan patética reconciliación?

-Mañana por la mañana a las diez. Ya ve usted que no está usted de tan mala data como eso. Usted esperaba ser testigo de una venganza... Y riéndose con amargura, Luciano prosiguió: ¡Bah; valiente dije, una venganza! Hace cuatro siglos que en Córcega no se oye hablar de

otra cosa. Mañana presenciara usted una reconciliación, que es muchísimo más rara que una venganza.

-Yo me eché a reír.

-¿Ve usted?- profirió Franchi-. Se ríe usted de nosotros, y por quien soy que hace usted bien; porque en verdad el demonio no tiene por dónde tomarnos.

-No- repuse-, si no yo me río de eso, sino de verle a usted enfurecido contra usted mismo por haber desempeñado tan de perlas su embajada.

-¿Verdad que la he desempeñado bien? ¡Ah! Como usted pudiese haberme comprendido, habría usted admirado mi elocuencia. Pero yo le fío que si vuelve usted dentro de diez años, hasta las piedras de esta isla hablarán francés.

-Es usted un abogado excelente.

-Entendámonos, soy árbitro. ¿Qué diablos quería usted que hiciese? El deber de un árbitro es la conciliación. Si me nombran árbitro entre Dios y Satanás, haría mangas y capirotos para reconciliarlos, por más que en mi fuero interno estuviese plenamente convencido de que Dios cometería una necedad al escucharme.

Como vi que aquella conversación no hacía mas que agriar a mi compañero de camino, la dejé caer, y como, por su parte, aquel no intentó reanimarla, llegamos a la casa sin haber cruzado una palabra más.

## X

Griffo, que nos estaba esperando y había oído y conocido el escopetazo de su amo, antes que éste le dirigiese la palabra, metió la mano en la bolsa de Luciano y sacó de ella el faisán.

La señora Savilia no estaba todavía acostada; pero se había retirado a su dormitorio, encargando a Griffo que tan pronto llegase Luciano le rogase pasase a verla.

Mi compañero me preguntó si deseaba algo y al responderle que no, me pidió venia para ir a ver a su madre.

Díselo, y me subí a mi cuarto, por el que paseé ahora y con cierto orgullo la mirada.

Mis estudios sobre las analogías no me habían engañado, y placíame grandemente haber adivinado el carácter de Luis como habría adivinado el de Luciano.

Desnudéme, pues, con toda calma, y, después de haber cogido las *Orientales*, de Víctor Hugo, de la biblioteca del futuro abogado, me acosté satisfecho de mí mismo.

Por la centésima vez acababa yo de leer el *Fuego del cielo*, cuando oí pisadas en la escalera que a poco y suavemente se detuvieron a mi puerta; y sospechando que era mi hospedador que venía a darme las buenas noches, pero que indudablemente temeroso de que yo me hubiese dormido no se atrevía a abrir la puerta, dejé el libro sobre mi mesa de noche y dije:

-Entre usted.

-Usted perdone- profirió Luciano abriendo la puerta-, pero, al reflexionarlo, paréceme que he estado tan brusco esta noche, que no he querido acostarme sin darle a usted mil satisfacciones; a eso he venido, pues, y como al parecer tiene usted que hacerme todavía muchas preguntas, me pongo a su disposición.

-Le estoy obligadísimo- le dije-. Gracias a la suma deferencia de usted, sé casi todo lo que saber quería; sólo me falta aclarar y un punto, pero he decidido no hablar a usted sobre el particular.

-¿Porqué?

-Porque sería en mí una grande indiscreción el hacerlo. Sin embargo, advierto a usted que no me apremie, de lo contrario no respondo de mí.

-Pecho al agua, pues: la curiosidad no satisfecha se le atraganta a uno; sobre que despierta suposiciones, y, de tres suposiciones, siempre hay a lo menos dos que son más perjudiciales a aquel que de ellas es objeto que no lo sería la verdad.

-Respecto del particular puede usted estar del todo tranquilo: las suposiciones más injuriosas tocante a usted me conducen sencillamente a tenerle por mago.

-¡Diantre!- profirió el joven echándose a reír-; va usted a hacer que me vuelva tan curioso como usted. Ea, explíquese usted, se lo pido encarecidamente.

-Pues bien, ha tenido usted la amabilidad de aclarar cuanto para mí era obscuro, menos un punto; uno solo: me ha mostrado usted sus hermosas armas históricas, que con su permiso volveré a examinar antes de mi partida.

-Ya tenemos una.

-Me ha explicado usted el significado de las descripciones iguales grabadas en las culatas de las carabinas.

-Dos.

-Me ha dado usted a comprender cómo, gracias al fenómeno de su nacimiento, siente usted, a pesar de separarlos una distancia de trescientas leguas, las sensaciones que su hermano, que indudablemente siente a su vez las de usted.

-Tres.

-Pero cuando la señora Savilia, a propósito de la tristeza que usted sintiera, le dio a entender que a su señor hermano le había pasado algo desagradable, ha preguntado a usted si estaba seguro de que

aquel no había muerto, usted le ha respondido que, de haber muerto Luis, usted lo habría visto.

-Pues bien, si puede entrar en oídos profanos la explicación de tales palabras, hágame usted la merced de explicármelas.

El rostro de Luciano había ido adquiriendo una expresión tal de gravedad a proporción de mis palabras, que vertí las últimas casi con tartamuda lengua. Más aún, cuando hube cesado de hablar, mi hospedador y yo guardamos el más profundo silencio.

-Ea- exclamé por fin-, demos por sentado que nada he dicho: veo claramente que he sido indiscreto.

-No- repuso Luciano-; lo que hay es que es usted hombre de mundo, y, por consiguiente, es un poco incrédulo. Por lo tanto temo que tache de supersticiosa una antigua tradición de familia que subsiste en la mía hace cuatro siglos.

-Lo que yo puedo afirmarle- argüí-, es que en punto a leyendas y tradiciones no hay quien sea más incrédulo que yo, y aun hay cosas en las cuales creo a pie juntillas: las imposibles.

-¿Luego creería usted en las apariciones?

-¿Quiere usted que le cuente lo que me pasó a mí mismo?

-Sí, señor, esto me alentará.

-Mí padre murió en 1807; por consiguiente yo no tenía aún tres años y medio. Como el médico había anunciado el próximo fin del enfermo, lleváronme a casa de una anciana prima, que arregló una cama frontera de la suya y me acostó temprano en ella. Yo, pese a la desventura que se cernía sobre mi cabeza, y de la cual, por otra parte, no tenía conciencia, me dormí. De improviso resonaron tres fuertes golpes en la puerta de nuestro cuarto, y, despertándome a su ruido, salté de la cama y me encaminé a la puerta. “¿A dónde vas?”, me preguntó mi prima que, despertada como yo por los tres golpes, no era parte a señorear cierto terror, sabiendo que pues la primera puerta de la calle estaba cerrada, nadie podía llamar a la puerta del aposento donde nosotros estábamos. “Voy a abrir a mi padre, que viene a despedirse de mí”, respondí a mi prima. La cual saltó a su vez de su cama

y me volvió a la mía pese a mi oposición, pues yo lloraba desesperadamente y sin dejar de gritar: “¡Mi padre está ahí fuera! ¡Quiero ver a mi padre antes, no se vaya para siempre!”

- ¿Se ha renovado luego aquella aparición?- me preguntó Luciano.

-No, por más que la he recordado con frecuencia.- respondí;- pero ¿quién sabe si Dios concede a la pureza de la infancia privilegios que niega a la corrupción del hombre?

-Pues en mi familia somos más afortunados que usted, repuso Luciano, sonriéndose.

-¿Vuelven ustedes a ver a sus deudos una vez muertos?

-Cada vez que ha acaecido o va a acaecer un acontecimiento trascendental.

-¿Y a qué atribuye usted ese privilegio concedido a su familia?

-Voy a hacerle saber de la tradición que se ha conservado entre nosotros: ya he dicho a usted que Savilia murió dejando dos hijos.

-Sí, lo recuerdo.

-Aquellos dos hijos crecieron, amándose uno a otro con todo el afecto que hubiesen sentido por sus padres, de haber éstos vivido. Así, pues, se juraron mutuamente que poder alguno podría separarlos, ni aun la muerte y, a consecuencia de no sé qué terrible conjuración, escribieron con su propia sangre y en dos trozos de pergamino que trocaron, el juramento recíproco de que el que primero muriera se aparecería al otro en el momento de su propia muerte, y luego en todos los momentos supremos de la vida. Tres meses después, uno de los dos hermanos pereció en una emboscada, en el preciso instante en que el otro cerraba una carta para él; pero en el momento de apoyar su sortija sobre la todavía hirviente cera, oyó tras sí un leve suspiro, y, volviéndose, vio a su hermano en pie y con la mano apoyada en su hombro, aunque no sintió el peso de la mano aquella. Entonces, y por un movimiento maquinal, el vivo tendió al difunto la carta a él destinada, y el difunto la tomó y desapareció. El superviviente, el día antes de morir, vio nuevamente a su hermano. Ahora bien, es indudable que

los hijos de aquella Savilia no sólo hicieron para ellos el pacto, mas también para sus descendientes, pues desde entonces se han renovado las apariciones, ya en los últimos momentos de los que morían, ya en la víspera de todos los grandes acontecimientos.

-¡Ha tenido usted alguna aparición!

-No, señor; pero como a mi padre, durante la noche que precedió a su muerte, se le apareció el suyo anunciándole que iba a morir, presumo que mi hermano y yo gozaremos del privilegio de nuestros antepasados, tanto más cuanto que nada hemos hecho para desmerecer tal favor.

-¿Y ese privilegio lo gozan únicamente los varones de la familia?

-Únicamente.

-¡Es singular!

-Es cual acabo de decir.

Yo miraba a aquel joven que me decía frío, grave y sosegado, una cosa tenida por imposible, y repetía con Hamlet:

*There are more things in heav'n and earth, Horatio,  
Than are dreamt of in your philosophy.*

En París habría tenido yo a aquel joven por burlador; pero en el riñón de Córcega, en una aldea ignorada, no cabía sino tenerle por loco que se engaña de buena fe, o por un ser privilegiado más venturoso o más desdichado que los demás hombres.

-¡Sabe usted ahora cuanto saber deseaba?- me preguntó Luciano tras un instante de silencio.

-Sí, gracias- respondí- agradezco a usted en el alma la confianza que le he merecido, y le prometo no decir palabra de esto.

-Esto no es ningún secreto- repuso Luciano, sonriéndose-, y la prueba está en que cualquier vecino de la aldea hubiera contado a usted esta historia, como yo se la he contado. Con todo esto, fío en que mi hermano no se habrá vanagloriado, en París, de tal privilegio, que



probablemente provocaría la burla de los hombres y daría ataques de nervios a las mujeres.

Dichas estas palabras, Franchi se levantó, dióme las buenas noches y se retiró a su cuarto.

Aunque molido, me costó dormirme, y, una vez dormido, mi sueño casi fue una pesadilla, pues en medio de él se me presentaron confusamente todos los personajes con quienes me pusiera en relación durante aquel día, pero formando entre ellos una acción indeterminada y sin ilación. Sólo me dormí realmente al salir el sol, y no me desperté hasta que resonó, cual si hubiese sido en mis oídos, la campana.

Entonces tiré de mi campanilla, pues mi sensual predecesor había llevado el lujo hasta tener al alcance de la mano el cordón de una campanilla, indudablemente la única que había en toda la aldea.

Al punto compareció Griffó con una jarra de agua caliente; lo cual me demostró que Luis de Franchi había instruido bastante bien a aquella especie de ayuda de cámara.

Luciano ya había preguntado dos veces por mí, y dado a entender que, si a las nueve y media continuaba yo entregado al sueño, entraría a mi cuarto.

Eran las nueve y veinticinco, cuando me desperté; así es que no tardé en ver a mi hospedador.

Ahora Franchi vestía a la francesa, y aun con elegancia: llevaba gabán negro, chaleco de forma y color caprichosos, y pantalones blancos; porque es de saber que a principios de marzo ya lucen pantalones blancos en Córcega.

-¿Le llama la atención mi traje?- profirió Luciano al ver que yo le miraba con cierta extrañeza-; es una prueba más de que me civilizo.

-No se lo niego a usted- respondí-, y confieso que me admira más que medianamente el que en Ajaccio haya un sastre capaz de labrar ropas por el estilo. Pero, ¿no voy ya a parecer un palurdo al lado de usted con este traje de terciopelo?

-Sepa usted que estas ropas que luzco repuso Luciano-, proceden nada menos que de Humann. Como mi hermano y yo somos de estatu-

ra y corpulencia iguales, me ha jugado la broma de enviarme un guardarropa completo, que, como puede usted imaginar, no visto sino en las grandes solemnidades, por ejemplo, cuando pasa por Sullacaro el prefecto; o cuando el comandante general de este departamento pasa revista de inspección, o cuando recibo un huésped como usted y tal honra se combina con un acontecimiento tan solemne como el que va a cumplirse dentro de poco.

Las palabras de Franchi envolvían una ironía guiada por un criterio claro que, al tiempo que cohibía a su interlocutor, no rebasaba nunca los límites de la más buena educación.

Limitéme, pues, a inclinarme en señal de gratitud, mientras él se calzaba, con todas las precauciones del caso, un par de guantes amarillos amoldados a sus manos por Boivin o por Rousseau.

Vestido de aquella guisa, Franchi tenía todo el aspecto de un parisiense elegante.

Interín daba yo la última mano a mi tocado, sonaron las diez menos cuarto.

-Ea- me dijo Franchi-, si quiere usted presenciar el espectáculo, ya es hora de que nos sentemos en nuestras butacas; a no ser que prefiera usted almorzar, lo que a mi ver sería más razonable.

-Gracias; rara vez como antes de las once o mediodía; puedo hacer, pues, frente a las dos operaciones.

-Vamos, pues.

-Vamos- dije, tomando mi sombrero y, siguiendo a Franchi.

## XI

Desde lo alto de la empinada escalera de ocho gradas que unía la calle con la puerta de la fortaleza habitada por la señora Savilia y su hijo, se dominaba la plaza, que ahora estaba, no desierta como la víspera, sino llena de mujeres y niños de doce años para abajo, sin que entre ellos se viese un hombre ni para un remedio.

En la primera grada de la iglesia había un hombre que llevaba solemnemente ceñida una faja tricolor: aquel hombre era el alcalde.

Bajo el pórtico, estaba otro hombre vestido de negro, sentado a una mesa en la cual se veía un papel escrito. El mencionado individuo era el notario, y el papel escrito, el acta de reconciliación.

Yo me senté a uno de los lados de la mesa con los padrinos de Orlandi. En el lado opuesto estaban los padrinos de Colona.

Franchi, que tanto estaba en pro del uno como del otro, se colocó a espaldas del notario.

En lo último de la iglesia, en el coro veíase a los sacerdotes, dispuestos para celebrar el santo sacrificio de la misa.

Sonaron las diez, y, al mismo instante, la muchedumbre se estremeció y dirigió la mirada a las dos extremidades de la calle, si tal nombre puede darse al intervalo desigual que separaba una de otras unas cincuenta casas construidas a capricho de sus propietarios.

Al punto aparecieron, del lado de la montaña, Orlandi, y, del lado del río, Colona, cada uno seguido de sus partidarios; pero, conforme a lo pactado, ninguno de ellos llevaba armas. A no ser los rostros un tanto avinagrados, cualquiera pudo haberlos formado por cofrades siguiendo una procesión.

Los dos jefes de ambos partidos ofrecían marcadísimo contraste físico.

Como ya he manifestado, Orlandi era alto, delgado, moreno, ágil.

Colona era de baja estatura, rechoncho, robusto, y de cabellos y barba bermejos, cortos y ensortijados.

Ambos llevaban en la mano un ramo de olivo, simbólico emblema de la paz que iban a sellar, y que era una poética invención del alcalde.

Colona sostenía, además, por las patas, una gallina blanca, destinada a reemplazar, a título de daños y perjuicios, a la gallina que, diez años hacía, diera origen a la contienda.

La gallina estaba viva.

Este punto ha sido largamente discutido y por poco lo echa todo a perder, pues Colona miraba como una doble humillación restituir viva una gallina que su tía arrojara muerta al rostro de la prima de Orlandi.

Sin embargo, a fuerza de lógica, Luciano determinó a Colona a entregar la gallina, como, a fuerza de dialéctica, determinó a Orlandi a recibirla.

En el instante en que se presentaron los dos enemigos, las campanas, que habían estado un rato silenciosas, fueron lanzadas a todo vuelo.

Al verse, Orlandi y Colona hicieron el mismo ademán, indicando claramente una repulsión recíproca; ello no obstante continuaron su camino, y, al llegar frente a la iglesia, se detuvieron a unos cuatro pasos uno de otro.

Si aquellos dos hombres se hubiesen encontrado, tres días antes, a cien pasos de distancia, de fijo que uno de los dos habría quedado en el sitio.

No solamente los grupos, mas también la muchedumbre guardaron por espacio de cinco minutos un silencio que, a pesar del fin conciliador de la ceremonia, nada tenía de pacífico.

Entonces el alcalde tomó la palabra, y, dirigiéndose a Colona, dijo:

-¿Por ventura se ha olvidado usted de que le toca hablar el primero?

Colona hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y vertió algunas frases en patuá corso, que yo interpreté como expresivas de su pesar de que hubiese estado diez años en venganza con su buen vecino Orlandi, a quien ofrecía en reparación la gallina blanca que tenía en la mano.

Orlandi aguardó que su adversario se hubiese explicado hasta el fin, y contestó con algunas frases corsas, ofreciendo no recordarse más que de la reconciliación solemne que en aquel instante se estaba celebrando bajo los auspicios del señor alcalde, con el arbitraje del señor Luciano y en fe del acta redactada por el señor notario.

Luego, los dos se encerraron nuevamente en el silencio.

-Y bien, señores- dijo el alcalde-, ¿no estaba concertado que se darían ustedes la mano?

Instintivamente los dos enemigos hurtaron la diestra.

El alcalde se bajó de la grada en que estaba subido, fue a buscar la mano de Colona, y luego la de Orlandi, y tras algunos esfuerzos que procuraba disimular a sus administrados, bajo una sonrisa, consiguió unir las dos manos, que al principio hicieron cuanto pudieron para desasirse, pero que al fin se resignaron a quedar una en otra, leyó lo siguiente:

“Ante mí, José Antonio Sarrola, notario real con residencia en Sullacaro, provincia de Sarteno:

“En la plaza Mayor de la aldea, frente a la iglesia, en presencia del señor alcalde, de los padrinos y de la población entera:

Cayetano Orso Orlandi, llamado Orlandini,

“Y Marco Vicente Colona, llamado Scchiopone,

“Han pactado solemnemente lo que sigue:

“Desde hoy, 4 de marzo de 1841, cesa la venganza declarada hace diez años,

“Y desde hoy, también, los referidos Orlandi y Colona vivirán como buenos vecinos y compadres, como vivían sus parientes antes del desgraciado asunto que sembró la discordia entre sus familias y amigos.

“En fe de lo cual, firman la presente acta, bajo el pórtico de la iglesia de la aldea, con el señor Polo Arbori, alcalde de este municipio, el señor Luciano de Franchi, árbitro, los padrinos de las partes, y yo el notario.

“Sullacaro, a 4 de marzo de 1841”.

Con admiración, vi que, por lujo de prudencia, el notario no había dicho palabra referente a la gallina que en tan pésima situación dejaba a Colona frente a Orlandi.

Así, pues, el rostro de Colona se despejó tanto cuanto se nubló el de Orlandi. El cual miró la gallina que en la mano tenía, como si hubiese sentido irresistibles tentaciones de arrojársele a la cara a Colona. Sin embargo, una mirada de Luciano de Franchi paralizó en su germen aquella mala intención.

El alcalde, viendo que no había tiempo que perder, subió hacia atrás las gradas del templo sin soltar las entrelazadas manos de Orlandi y de Colona y sin perder de vista a éstos.

Luego, para evitar una nueva discusión que no podía menos de iniciarse en el momento de la firma, atento que cada uno de los adversarios miraría evidentemente como una concesión el firmar primero, cogió la pluma, firmó, y, convirtiendo la humillación en honor, entregó la pluma a Orlandi, que firmó a su vez y la pasó a Luciano, el cual, usando del mismo subterfugio pacífico, la dio a Colona, que trazó su cruz.

En aquel instante los sacerdotes entonaron sus cánticos, como en un *Te Deum* después de una victoria.

Luego firmamos los testigos, sin distingos de categoría ni título, como ciento veintitrés años antes, la nobleza de Francia había firmado la protesta contra el duque de Maine.

Cumplidas las formalidades expuestas, los dos héroes del día entraron en la iglesia y fueron a arrodillarse uno a cada lado del coro y en el sitio que de antemano se les señalara.

Desde aquel instante Luciano quedó sosegado: todo había concluido, la reconciliación estaba jurada no sólo ante los hombres, pero también ante Dios.

Los divinos oficios continuaron, pues, hasta el fin sin que hubiese ocurrido incidente digno de mención, y, una vez terminados, Orlandi y Colona se salieron con el mismo ceremonial, dándose nuevamente en la puerta, por incitación del alcalde, la mano.

Luego, y acompañado cada uno de ellos de sus amigos y parientes, tomaron ambos el camino de sus respectivas casas, en las que hacía tres años no habían puesto los pies ninguno de los dos.

Luciano y yo nos volvimos a la casa de la señora Savilia, donde nos esperaba la comida.

En el acrecentamiento de atenciones de que fui objeto, echó de ver claramente que Luciano había leído mi nombre por encima de mi hombro en el momento de escribirlo yo al pie del acta, y que mi nombre no le era del todo desconocido.

Como me llamaban imperiosamente a París los ensayos de *Una boda en tiempo de Luis XV*, por la mañana había manifestado yo a Franchi mi resolución de partir a primera hora de la tarde, resolución en que y por las causas expuestas, persistí pese a las instancias de la madre y del hijo.

Entonces Luciano me pidió licencia para usar de mi ofrecimiento escribiendo a su hermano, y la señora Savilia, que bajo su energía antigua escondía un verdadero corazón de madre, me hizo prometer que entregaría personalmente la carta aquella a su hijo.

Por lo demás, no era para mí grande la molestia, toda vez que Luis de Franchi, como verdadero parisiense que era, vivía en la calle de Helder, número 7.

Solicité ver por última vez el cuarto de Luciano, al cual me condujo él mismo, y, mostrándome con la mano cuanto en el cuarto había, me dijo:

-Si le gusta alguno de los objetos que hay aquí, quédese usted con él, que suyo es.

Usando de la galantería de Franchi, fui y descolgué un puñalito colocado en un rincón bastante oscuro para indicarme que no tenía ningún valor, y como yo había visto a Luciano dirigir una mirada de curiosidad a mi cinturón de caza, del que me ensalzara la forma y la distribución, le rogué que lo aceptase, como tuvo el buen gusto de hacerlo desde luego.

En esto se presentó Griffó para anunciar que el caballo estaba ensillado y que el guía me aguardaba.

La ofrenda que yo destinara a Griffó era un como cuchillo de monte, con dos pistolas, pegadas a lo largo de la hoja y las baterías escondidas en la empuñadura.

En mi vida he visto una alegría como la suya.

Al bajar me encontré con la señora Savilia, que me esperaba al pie de la escalera para desearme un feliz viaje, en el mismo sitio en que me diera la bienvenida; y una vez hube besado la mano a aquella mujer tan sencilla y tan digna y por la cual sentía yo el más profundo respeto, Luciano me condujo hasta la puerta, donde me dijo:

-En cualquier otro día ensillaría mi caballo y acompañaría a usted hasta la otra parte de la montaña; pero hoy no me atrevo a salir de Sullacaro, temeroso de que uno u otro de los dos reconciliados no cometa una majadería.

-Hace usted bien- contesté-; en cuanto a mí, tenga usted por seguro que me felicito de haber presenciado una ceremonia tan nueva en Córcega como a la que he asistido esta mañana.

-Sí, dése usted la enhorabuena- repuso Franchi-, porque ha visto usted un acto que ha debido de hacer estremecer en sus tumbas a nuestros antepasados.

-Comprendo; para ellos la palabra era bastante sagrada para que no tuviesen necesidad de que un notario interviniese en la reconciliación.

-No, lo que yo quise decir es que no se habrían reconciliado- replicó Franchi tendiéndome la mano.

-¿No me encarga usted un abrazo para su hermano Luis?- dije.



-Sí y de todo corazón, si no es causar a usted mucha molestia.

-Pues abracémonos; no puedo dar sino lo que reciba. Y en abrazándonos, añadí: ¿Volveremos a vernos?

-Sí señor, si vuelve a Córcega.

-No, si no va usted a París.

-Nunca iré- respondió Luciano.

-Por lo que pudiere tronar, hallará usted tarjetas mías sobre la chimenea de su señor hermano Luis. No olvide la dirección.

-Palabra que, si cualquier acontecimiento me lleva al continente, mi primera visita será para usted.

-De acuerdo.

Franchi me tendió por última vez la mano, y nos separamos; pero mientras pudo verme descendiendo la calle que conducía al río, me siguió con la mirada.

La aldea estaba bastante tranquila, aunque en ella podía notarse todavía esa especie de agitación que sigue a los grandes acontecimientos, y, a proporción que pasaba por delante de ella, me alejé mirando con atención y una a una las puertas, en la esperanza de ver salir por una de ellas a mi ahijado Orlandi, que, en verdad, me debía una demostración de gratitud.

Pero dejé atrás la última casa de la aldea y entré en el campo sin haber visto a Orlandi ni nada que se le pareciese.

Ya había dado yo por admitido que aquel me olvidara del todo, y confieso que en medio de las graves preocupaciones que debía de sentir Orlandi le perdonaba sinceramente tal olvido, cuando prontamente, al llegar al carrascal de Bicchisano, vi salir de la espesura a un hombre que se plantó en medio del camino, y en el cual conocí al instante a aquel a quien en mi impaciencia francesa y en mi hábito de los miramientos parisienses, tachaba yo de ingrato.

Al punto noté que Orlandi ya había tenido tiempo de enfundarse en el mismo traje bajo el cual me apareciera en las ruinas de Vicentello, quiero decir, que llevaba su cartuchera de la cual pendía la pistola de rigor, e iba armado de su escopeta.

Cuando llegué a unos veinte pasos de él, Orlandi se quitó el sombrero, mientras que, por mi parte, picaba a mi caballo para no hacerle esperar.

-Caballero- me dijo Orlandi-, no he querido que partiese usted de Sullacaro sin darle las gracias por la honra que se ha dignado usted hacer a un pobre campesino como yo sirviéndole de testigo; y como en la aldea no tenía el corazón desahogado ni la lengua libre, he venido a esperar a usted aquí.

-Agradezco a usted lo que acaba de decirme- contesté-; pero no había para que se distrajese usted de sus asuntos, y si alguien ha quedado honrado en el de que he sido testigo, soy yo.

-Además- continuó el bandido-, ¡qué quiere usted!, no se pierde en un daca las pajas un hábito de cuatro años. El aire de la montaña es terrible; quien lo ha respirado una vez, se ahoga en todas partes. Ahora mismo, cuando he entrado en una de aquellas casucas, por momentos me temí que iba a derrumbarse sobre mi cabeza.

-Sin embargo- repliqué-, es obvio que va usted a anudar su vida habitual. ¿No posee usted una casa, un campo y una viña, según me han dicho?

-Sí, señor-, pero mi hermana guardaba la casa, y los luqueses estaban ahí para cultivar mi campo y cosechar mi uva. Los corsos no trabajamos.

-¿Qué hacen ustedes, pues?

-Vigilamos a los trabajadores, nos paseamos con la escopeta al hombro, cazamos...

-Pues que vaya bien la caza, mi querido señor Orlandi- le dije tendiéndole la mano-; pero no olvide usted que así el buen nombre de usted como el mío dependen de que en lo sucesivo no tire usted más que contra los verracos, los gamos, los jabalíes, los faisanes y las perdices, y nunca contra Marcos Vicente Colona, ni contra persona alguna da su familia.

-¡Ah!, excelencia- me respondió mi ahijado con expresión de fisonomía que hasta entonces no había notado más que en los rostros de los litigantes normandos-. La gallina que me ha devuelto estaba flaca.

Y sin añadir más palabra, Orlandi se internó en el carrascal y desapareció, mientras yo anudaba mi marcha meditando sobre aquella causa de rompimiento probable entre los Orlandi y los Colona.

Al día siguiente y después de haber pernoctado en Albiteccia, llegué a Ajaccio, y a las ocho de haber salido de Sullacaro entré en París.

## XII

El día mismo de mi llegada fui a casa de Luis de Franchi, y, como éste hubiese salido, dejé mi tarjeta, anunciándole por escrito y en dos palabras que acababa de llegar de Sullacaro en línea recta, y que tenía para él una carta del señor Luciano, su hermano. Además le pedía que me señalase hora, pues me había comprometido a entregarle personalmente la carta.

Para conducirme al estudio de su amo, donde escribí el billete que dejo dicho, el criado me hizo atravesar el comedor y el salón.

Con curiosidad fácil de comprender, tendí la mirada en torno mío, y en cuanto vi descubrí los mismos gustos de que ya viera una muestra en Sullacaro, sólo que ahora los gustos aquellos estaban realzados con toda la elegancia parisiense; lo cual quiere decir que Luis de Franchi vivía en una hermosa habitación de soltero.

Al día siguiente y mientras estaba yo vistiéndome, esto es, a las once de la mañana, mi criado me anunció al señor de Franchi, al cual hice que lo introdujeran en el salón, le ofreciesen periódicos y le dijese que a no tardar me pondría a sus órdenes.

En efecto, cinco minutos después entré en el salón.

Al ruido de mis pasos, Luis de Franchi, que indudablemente por cortesía se había puesto a leer un folletín mío, que a la sazón veía la pública luz en las columnas de la "Prensa", levantó la cabeza, dejándome petrificado su parecido con su hermano.

-Caballero- me dijo Luis levantándose-, apenas pude dar crédito a mi buena suerte al leer ayer el billete que me entregó mi criado al regresar yo a mi casa; tanto, que le hice repetir una y otra vez las señas particulares de usted, para cerciorarme plenamente de que estaba en consonancia con los retratos que de usted conozco. Por último, esta mañana, en mi doble impaciencia por darle las gracias y saber de mi familia, me he presentado aquí sin fijarme en la hora, lo que me hace temer que he sido sobradamente madrugador.

-Perdóneme usted si desde luego no respondo a su cariñoso cumplido; pero confieso a usted que estoy mirándole y dudo si es al señor Luis o al señor Luciano de Franchi a quien me cabe la dicha de dirigir la palabra.

-¿Verdad que el parecido es estupendo?- profirió Luis sonriéndose; y todavía cuando estaba yo en Sullacaro, mi hermano y yo casi éramos los únicos que no podíamos equivocarnos en este punto. Con todo eso, si desde mi partida Luciano no ha dado al traste con sus costumbres corsas, tiene usted que haber visto en su traje que nos diferencia algo.

-Precisamente- repliqué-, el acaso hizo que en el instante de despedirme de él, Luciano vistiese igual que usted ahora, menos los pantalones blancos, que todavía no están presentables en París en este tiempo: de lo cual resulta que ni siquiera puedo apoyarme en la diferencia de traje de que usted habla, para separar la presencia de usted de su recuerdo.

Y sacando de mi cartera la carta de Luciano, continué:

-Pero le apremiará a usted, el saber de los suyos; tome pues la carta; ayer la hubiera dejado en su casa a no haber prometido a la señora de Franchi entregarla a usted personalmente.

-¿Estaban todos buenos al salir usted de Sullacaro?

-Sí, pero desasosegados.

-¿Respecto de mí?

-Respecto de usted. Pero hágame usted el favor de leer la carta.

-Con su permiso.

-Usted lo tiene.

Franchi abrió la carta, y, mientras la leía, yo me puse a hacer cigarrillos, sin por esto dejarlo de vista.

-¡Oh, buen Luciano!, ¡oh madre querida!... Sí... Sí..., comprendo- decía de tiempo en tiempo y sonriéndose Luis mientras leía con rapidez la carta fraternal.

Yo todavía no había vuelto del asombro que me causara aquel extraordinario parecido; no obstante, como me lo dijera Luciano, Luis tenía el cutis más blanco y hablaba con más pureza el francés.

-¿Y bien?- dije a Franchi una vez éste hubo leído la carta y ofreciéndole un pitillo que encendió en el mío-; ya ha visto usted que los suyos estaban en zozobra, pero por fortuna sin razón por lo que veo.

-No tanto como usted supone- profirió Luis con tristeza. No he estado enfermo, es verdad; pero tuve una seria pesadumbre, enconada todavía por el pensamiento de que al sufrir yo aquí, hacía sufrir a mi hermano en Sullacaro.

-Lo que usted acaba de decirme- repuse-, también me lo dijo su hermano; pero si quiere usted que hable con franqueza, para que yo creyese que un caso tan fuera de lo común era verdad y no una ofuscación de su espíritu, me era menester nada menos que la prueba que en este instante se me ofrece. ¿Conque también usted está en la persuasión de que el malestar que el hermano de usted sentía en Sullacaro dependía de la pesadumbre que usted sentía aquí?

-Sí, señor.

-Entonces, como la afirmativa de usted hace que me interese todavía más en lo que a usted le pasa, permítame usted que, por interés y no por curiosidad, le pregunte si la pesadumbre de que hace poco me ha hablado usted, ha pasado ya y si está usted en vías de consolarse.

-Ya sabe usted que los dolores más punzantes se adormecen con el tiempo- me contestó Luis-. Si un nuevo incidente no viene a enconar la herida de mi corazón, por más que todavía sangrará algún tiempo, al fin se cicatrizará. Entretanto, reitero a usted las más encarecidas gracias, y le ruego que me autorice para venir de vez en cuando a echar con usted un parrafito sobre Sullacaro.

-De mil amores- dije-, pero, ¿por qué desde luego no continuamos una conversación que me es tan agradable como a usted? Mire usted, mi criado viene a anunciarme que el almuerzo está servido. Hágame usted la merced de comer conmigo, y luego conversaremos a nuestras anchas.

-Siento en el alma no poder aceptar contestó Franchi-; pero ayer recibí una carta del ministro de Gracia y Justicia citándome para el ministerio a las doce en punto, y ya comprende usted que siendo, como soy, un abogadillo, no me es permitido hacer aguardar a un personaje de tal fuste.

-¿Probablemente ha citado a usted para hablarle del asunto de los Orlandis y los Colonas?

-Lo presumo, y como mi hermano me dice que la enemistad ha terminado...

-Ante notario; puedo garantizárselo a usted, pues firmé el pacto como padrino de Orlandi.

-Sí, mi hermano me escribe algunas palabras sobre el particular.

-Escuche usted- profirió Luis consultando su reloj-, son las doce menos algunos minutos, y no puedo menos de encaminarme al ministerio para decirle al ministro de Justicia que mi hermano ha cumplido su palabra...

-Religiosamente, respondo a usted de ello.

-¡Oh, buen Luciano! Yo ya sabía que, aunque fuese contra su parecer, lo haría.

-Y hay que agradecersele; porque en verdad le ha costado.

-Ya volveremos a hablar de eso más adelante: porque ya comprenderá usted que para mí es una dicha ver de nuevo, con los ojos de la mente, evocados por usted, a mi madre, a mi hermano y la tierra en que nací. Conque, si me hace usted el obsequio de darme hora...

-En la actualidad es bastante difícil. Durante los primeros días de mi regreso voy a pasar el tiempo andando de acá para allá. Esto no quita que me diga usted dónde podré encontrarlo.

-Mañana es el tercer jueves de cuaresma, ¿no es así?

-¿Mañana?

-Sí, señor.

-¿Y bien?

-¿Va usted al baile de la Ópera?

-Sí y no. Sí, si usted me lo pregunta para que nos encontremos en él; no, si no me mueve a ir a él ningún interés.

-Yo no puedo menos de ir; estoy obligado a ello.

-¡Ah!- proferí sonriéndome-, veo que, como ha dicho usted hace poco, el tiempo adormece los dolores más punzantes, y que la herida de su corazón está en camino de cicatrizarse.

-Se engaña usted, pues probablemente voy a él en busca de nuevas angustias.

-Pues no vaya usted.

-¿Acaso hace uno lo que quiere? Me veo arrastrado a pesar mío; voy adonde me empuja el hado. Ya sé que más me aprovecharía no ir, y sin embargo, iré.

-¿Conque mañana nos veremos en la Ópera?

-Sí, señor.

-¿A qué hora?

-A las doce y media, si le parece.

-¿Dónde?

-En el salón de descanso. A la una tengo una cita frente al péndulo.

-Corriente.

Nos estrechamos la mano, y Luis se salió apresuradamente.

Faltaban pocos segundos para mediodía.

En cuanto a mí, empleé la tarde y todo el día siguiente en las diligencias indispensables, a todo hombre que acaba de hacer un viaje de dieciocho meses, y por la noche, a la hora acordada, llegué al lugar de la cita.

Luis no se hizo esperar, y llegó después de haber seguido por los corredores a una máscara a quien le pareció conocer, pero qué, antes de alcanzarla, se había perdido entre la muchedumbre.

Una vez reunidos, intenté hablar de Córcega; pero Franchi estaba distraído en demasía para seguir una conversación tan formal.



-¡Ah! Aquí está mi ramo de violetas-, exclamó prontamente Luis, que había tenido casi constantemente puestos los ojos en el péndulo.

Y se entretendió entre la muchedumbre para emparejar con una mujer que, efectivamente, ostentaba un gran ramo de violetas en la mano.

Como, por fortuna para los paseantes, había en el salón ramos de toda especie, a no tardar se me acercó un ramo de camelias que tuvo la amabilidad de felicitarme por mi feliz regreso a París.

Tras el ramo de camelias vino un ramo de rosas pequeñas, y tras éste, otro de heliotropos, y estaba ya al quinto ramo, cuando di de manos a boca con D..., que al verme me dijo:

-¡Ah!, ¿es usted?, bien venido sea, porque llega usted de perlas; esta noche cenamos en mi casa con unos amigos y contamos con usted.

-Se lo agradezco de veras, amigo mío- repliqué-; pero a pesar de mi buen deseo, no puedo aceptar, pues he venido con un compañero.

-¡Hombre!, es obvio decir que cada cual tiene derecho a acompañar a alguno, y ya está pactado que en la mesa habrá seis jarros de agua destinados a conservar frescos los ramos.

-Esta vez no ha dado usted en firme; no tengo ramo alguno que meter en los jarros que usted dice: ya he manifestado a usted que me he venido con un amigo.

-Pues bien, ya sabe usted que los amigos de nuestros amigos, etcétera.

-Es un joven a quien usted no conoce.

-Bueno, lo conoceremos.

-Le propondré esta ganga.

-Y si no acepta, nos lo conduce usted tirándole de las orejas.

-Prometo hacer cuanto esté en mi mano... ¿A qué hora la cena?

-A las tres; pero como estaremos a la mesa hasta las seis, tiene usted tiempo de sobra.

-Está bien.

Un ramo de miosótides, que tal vez había oído la última parte de nuestra conversación, tomó entonces del brazo a D..., y se alejó con él.

Poco después encontré a Luis, el cual, según toda probabilidad, había dado fin a su aventura con el ramo de violetas.

Como mi dominó era menos que medianamente ocurrente, lo envié a embromar a uno de mis amigos; y me apoyé en el brazo de Franchi, a quien pregunté:

-¿Ha sabido usted lo que se proponía saber?

-Sí, señor- me respondió Luis:- ya sabe usted que, por regla general, en un baile de máscaras no nos dicen más que lo que deberían dejarnos ignorar.

-¡Pobre amigo mío!- repuso-. Y usted perdone que le dé este título; pero pareceme que conozco a usted desde que conocí a su hermano.. Vamos a ver... Es usted desventurado, ¿no es verdad?... ¿Qué le pasa?

-Nada que valga la pena de ser repetido.

Esta respuesta de Franchi me dio a comprender que mi compañero quería guardar su secreto, y me callé.

Dimos dos o tres vueltas sin proferir palabra: yo, bastante indiferente, pues no aguardaba a persona alguna; él, siempre ojo avizor y examinando todos los dominós que pasaban a tiro de nuestras miradas.

-¿Sabe usted lo que debería hacer?- dije de improviso a Franchi.

-¿Yo?- exclamó Luis estremeciéndose como hombre a quien arrancan de sus meditaciones-. No... ¿Qué dice usted? Perdone...

-Voy a proponerle una distracción de que me parece está usted muy necesitado.

-¿Cuál?

-Véngase usted a cenar conmigo en casa de un amigo.

-No, gracias, haría un comensal demasiado fastidioso.

-¡Bah!, se hablará alegre y esto le distraerá.

-Por otra parte, no estoy convidado.

-Se engaña usted, lo está.

-Muy amable se muestra el anfitrión de usted; pero no me siento digno...

En esto nos cruzamos con D..., que al parecer tenía puesta toda su atención en su ramo de miosótides, aunque no hasta el punto de que no me viese.

-¿Estamos de acuerdo, no es así?- me dijo D... A las tres.

-No, no estamos de acuerdo- repliqué-; no puedo disfrutar de la compañía de ustedes,

-¿No?, pues al demonio- profirió D... sonriéndose y continuando su camino.

-¿Quién es ese caballero?,- me preguntó Luis para decirme algo.

-Es el señor D..., uno de mis amigos, muchacho de gran talento, por más que sea gerente de uno de nuestros diarios más importantes.

-El señor D...- exclamó Franchi-, ¡Qué! ¿Usted lo conoce?

-¡No he de conocerlo!- hace dos o tres años que me ligan a él relaciones de interés y sobre todo de amistad

-¿Por ventura tenía usted que cenar en casa de él?

-Sí, señor.

-¿Luego me ofrecía usted conducirme a casa del señor D...

-Sí.

-Así ya es distinto; acepto, acepto de todo corazón.

-¡Enhorabuena!, no que no le haya costado a usted decidirse.

-Quizá debiera no ir- repuso Franchi sonriéndose con tristeza;- pero ya recuerda usted lo que ayer le dije: no vamos adonde deberíamos, sino adonde nos impele el destino; y la prueba está en que más me habría valido no venir aquí esta noche.

En esto volvimos a cruzarnos con D...

-Mi amigo- le dije-, ha mudado de parecer.

-¿Conque es usted de los nuestros?

-Sí.

-¡Bravo! Sin embargo, debo hacerle a usted una advertencia.

-Diga usted.

-Es que cuantos cenan con nosotros hoy deben cenar también con nosotros pasado mañana.

-¿En virtud de qué ley?

-En virtud de una apuesta con Chateau-Renaud.

A estas palabras, Luis, que tenía su brazo apoyado en el mío, se estremeció vivamente. Volvíme para mirarlo, y, aunque estaba más pálido que poco antes, su rostro continuaba impasible.

-¿Qué apuesta?- pregunté a D...

-Sería larga de contar- me respondió mi amigo-. Además, en la apuesta está interesada cierta persona que podría hacérsela perder si oyese hablar de ella.

-Entendidos pues- dije-; hasta, la tres.

-Hasta las tres.

-Separémonos de nuevo y, al pasar por delante del péndulo, fijé los ojos en la muestra y vi que eran las dos y treinta y cinco.

-¿Conoce usted al señor Chateau-Renaud?,- me preguntó Luis con voz de la que en vano intentaba disimular la emoción.

-De vista.

-¿Luego no es amigo de usted?

-Ni siquiera conocido.

-Mejor- profirió Luis.

-¿Por qué?

-Por nada.

-¿Y usted lo conoce?

-Indirectamente.

Pese a lo evasivo de la respuesta, eché de ver fácilmente que entre Franchi y Chateau-Renaud había una relación misteriosa de la que era conductor una mujer. Entonces comprendí instintivamente que para mi compañero lo mejor sería que cada uno de los dos nos recorriéramos.

-¿Me autoriza usted para que le dé un consejo de amigo?-, dijo a Luis.

-Sí.

-No vayamos a cenar a casa de D...

-¿Por qué no? ¿No nos espera, o por mejor decir, no le ha manifestado usted que le llevaba un comensal?

-Sí; pero no es por eso.

-¿Por qué pues?

-Porque se me antoja que vale más que no vayamos. Nada más.

-Pero usted se apoyará en una razón para mudar de consejo; hace poco insistía usted para llevarme a casa de D... casi a pesar mío.

-No faltaría sino que encontrásemos en ella a Chateau-Renaud.

-Mejor; dicen que es muy amable, y me placera grandemente entablar con él más amplias relaciones.

-Corriente- dije-. Pues usted se empeña-, vamos allá.

-Bajamos por nuestros gabanes, y nos salimos.

D..., vivía a dos pasos de la Ópera; y como la noche estaba templada, y me di a entender que el aire de la noche calmaría un poco a mi compañero, le propuse y aceptó ir a pie.

### XIII

En el salón encontramos a algunos amigos míos, asiduos concurrentes de las tablas de la Ópera, inquilinos del palco infernal; además, y como yo sospechaba, a dos o tres dominós sin careta y con sendos ramos en las manos ínterin llegaba el instante de plantarlos en los jarros.

Huelga decir que Luis de Franchi fue cortésmente acogido por aquellos y aquellas a quienes lo presenté.

Diez minutos después llegó D... en compañía del ramo de miosótides, que se quitó el antifaz con una confianza y una facilidad que delataban tanto a la mujer hermosa como a la mujer acostumbrada a aquella clase de diversiones.

En cuanto hube presentado a Franchi a mi amigo D..., dijo B...:

-Si se han hecho ya todas las presentaciones, pido que nos sentemos a la mesa

-Ya están hechas- replicó D... pero todavía no han llegado todos los convidados.

-¿Quién falta?

-Chateau-Renaud.

-¡Ah! Es verdad. ¿No hay pendiente con él una apuesta?- preguntó V...

-Sí, una apuesta de una cena para doce personas si no trae a cierta dama a quien se ha comprometido a traer.

-¿Qué dama es esa tan esquiva- preguntó el ramo de miosótides-, que por ella se hacen tales apuestas?

Miré a Franchi; y, aunque aparentemente tranquilo, estaba pálido como un difunto.

-No creo pecar de indiscreto nombrando a la máscara- profirió D...-, tanto más cuanto, según toda probabilidad, ustedes no la conocen. Es la señora...

-Caballero- dijo Luis poniendo la mano en el brazo de D...-, concédame usted una merced en gracia a nuestras nacientes relaciones.

-Diga usted, caballero.

-No nombre usted a la persona que ha de venir con el señor de Chateau-Renaud: ya sabe usted que es una mujer casada.

-Pero cuyo marido está en Esmirna, en la India, en Méjico, ¿qué sé yo? Cuando una mujer tiene tan lejos a su marido, es como si no lo tuviese.

-Su marido regresa dentro de algunos días, y lo conozco, y es hombre digno y, de ser posible, querría evitarle la pesadumbre de saber, a su regreso, que su mujer ha cometido semejante acto de ligereza.

-Perdone usted- dijo D...- Ignoraba que usted conociese a esa dama, y aun dudé que estuviese casada; mas ya que usted la conoce, y conoce a su marido...

-Los conozco...

-Obraremos con la mayor discreción. Señoras y señores, venga o no venga Chateau Renaud, se presente solo o acompañado, pierda o gane la apuesta, pido a ustedes el secreto sobre esta aventura.

Todos prometieron guardar el secreto, no probablemente por estar imbuidos de los miramientos sociales, sino porque les apretaba el hambre, y, por consiguiente, porque tenían prisa de sentarse a la mesa.

-Gracias, caballero- dijo Franchi a D... tendiéndolo la mano;- acaba usted de realizar un acto noble.

Pasaron todos al comedor, y, cada cual sentado en su sitio, quedaron dos vacantes: el de Chateau-Renaud y el de la mujer que éste había de acompañar.

-Deje usted estos cubiertos- dijo el dueño de casa al criado que quiso quitarlos:- Chateau-Renaud tiene tiempo hasta las cuatro. Si para entonces no ha llegado, quítelos usted..., pues al dar las cuatro habrá perdido.

Yo, que no desviaba de Franchi la mirada, le vi volver los ojos hacia el péndulo, que en aquel instante señalaba las tres y cuarenta.

-¿Va bien el péndulo?- preguntó Luis con frialdad.

-Esto no me atañe a mí- respondió D... echándose a reír- sino a Chateau-Renaud: mi péndulo está regulado sobre su reloj, a fin de que no diga que le han jugado una treta.

-Ea, señores- profirió el ramo de miosótides-, ya que no podemos hablar de Chateau-Renaud y de su incógnita, no hablemos, de lo contrario vamos a enfrascarnos en los símbolos, en las alegorías y en los enigmas, lo cual es fastidioso hasta más no poder.

-Dice usted bien...; ¡hay tantas mujeres de las cuales puede uno hablar y que no desean sino que uno hable de ellas!...

-¡A la salud de éstas!- exclamó D...

Los convidados, cada uno de los cuales tenía frente a sí una botella de champaña fría, empezaron a llenar sus vasos.

-Beba usted- dije a Luis, al ver que éste apenas humedeció los labios en su vaso-; ya ve usted que no vendrá.

-Todavía faltan quince minutos para las cuatro- replicó Franchi-. Si a las cuatro no está aquí, le prometo atrapar al que más haya bebido.

-Enhorabuena.

Mientras Luis y yo cruzábamos en voz baja estas palabras, la conversación se generalizó y se hizo expansiva.

De tiempo en tiempo, Luis y D... fijaban la mirada en el péndulo, que continuaba su marcha impasible, pese a la impaciencia de las dos personas que consultaban su minuterero.

A las cuatro menos cinco, miré a Franchi y le dije:

-A la salud de usted.

Luis tomó su vaso, y sonriéndose lo llevó a los labios; pero apenas había bebido la mitad, cuando resonó un campanillazo.

-Es él- profirió Luis, poniéndose, aunque parecía imposible, todavía más pálido.

-Pero tal vez venga sin ella- repliqué.



-Pronto vamos a verlo.

El campanillazo había despertado la atención de todos, y el silencio más profundo siguió a la bulliciosa conversación que reinaba en torno de la mesa y que, de cuando en cuando, saltaba por encima de ella.

Entonces se oyó un como debate en la antesala, y D... fue a abrir la puerta.

-He conocido su voz- me dijo Luis asiéndome la muñeca y estrechándola con fuerza.

-Ea, ánimo, sea usted hombre- repliqué-. Si viene a cenar en casa de un hombre a quien no conoce y en compañía de gente a quien no conoce mucho más, es palmario que la mujer esa es una cualquiera, y una cualquiera no es digna de un hombre decente.

-Hágame usted el favor de entrar, señora- decía D...-, en la antesala; aseguro a usted que estamos entre amigos.

-Ea, entra, mi querida Emilia- decía Chateau-Renaud-; eres muy dueña de quitarte o no el antifaz.

-¡Infame!- murmuró Luis.

En esto entró una mujer, arrastrada más que no conducida por D..., que se daba entender que de aquel modo cumplía con sus deberes de dueño de la casa, y por Chateau-Renaud.

-Todavía faltan tres minutos para las cuatro- dijo Chateau-Renaud a D...

-Está bien, amigo mío, ha ganado usted.

-Todavía no, caballero- profirió la joven incógnita volviéndose hacia Chateau-Renaud e irguiéndose con altivez,-. ¡Ah! Ahora comprendo la insistencia de usted-; había apostado a que me traería a cenar aquí, ¿no es eso?- Y al ver que Chateau-Renaud no respondía, dijo a D...-: Ya que este hombre no responde, hágalo, usted: ¿no es verdad que el señor de Chateau-Renaud había apostado que me conduciría aquí?

-No puedo negarlo, señora- respondió D...-, el señor de Chateau-Renaud me había hecho alentar esta esperanza.

-Pues el señor de Chateau-Renaud ha perdido- prosiguió la incógnita-; ignoraba a dónde me conducía, y díome a entender qua iba a cenar a casa de una amiga mía. Ahora bien, como no he venido voluntariamente, tengo para mí que el señor de Chateau-Renaud debe perder la apuesta.

-Sin embargo- replicó Chateau-Renaud ya que está usted aquí, mi querida Emilia, va usted a quedarse, ¿no es verdad? Ya ve usted que, en cuanto a los hombres, la compañía es buena, y alegre en cuanto a mujeres.

-Ahora que me encuentro aquí- continuó la desconocida, doy las gracias al caballero, que me parece el dueño de la casa, por la buena acogida que le merezco; pero como por desgracia no puedo corresponder a su cortés invitación, ruego al señor Luis de Franchi que me dé el brazo y me acompañe a mi casa.

Luis se plantó de un salto entre Chateau-Renaud y la incógnita.

-Señora- exclamó Chateau-Renaud crujéndole de cólera los dientes; pues soy yo quien la ha conducido a usted hasta aquí, me corresponde a mí acompañarla.

-Señores- repuso la desconocida-, son ustedes cinco hombres y me pongo bajo la salvaguardia de su honor; quiero decir, que espero van a evitar ustedes que el señor de Chateau-Renaud cometa contra mí un acto de violencia.

Chateau-Renaud se abalanzó a la dama, y al ver que todos nos levantábamos, se refrenó y dijo:

-Está bien, señora, queda usted libre; ya sé con quién debo habérmelas.

-Conmigo, caballero- profirió Luis de Franchi con acento de altivez indecible-; durante todo el día de mañana me hallará usted en la calle de Helder, número 7.

-Corriente- contestó Chateau-Renaud-; puede que no tenga el honor de ir a ver a usted personalmente; pero espero que en mi nombre recibirá a dos de mis amigos.

-Sólo le faltaba a usted dar una cita como ésa en presencia de una mujer-, replicó Luis de Franchi encogiendo los hombros.

Y volviéndose hacia la incógnita y asiéndole el brazo, añadió:

-Venga usted, señora, y gracias de corazón por la honra que me hace.

Dichas estas palabras, Luis y la desconocida se marcharon en medio del más profundo silencio.

-Bien, ¿y qué, señores?- exclamó Chateau-Renaud una vez cerrada la puerta:- he perdido, y nada más. Así pues, todos los presentes quedan convidados a cenar en los Hermanos Provenzales pasado mañana.

Sentóse Chateau-Renaud en uno de los dos sitios vacantes, tendió su vaso a D..., que lo llenó hasta el borde.

Es ocioso decir que a pesar de la bulliciosa alegría de Chateau-Renaud, el resto de la cena fue poco agradable.

## XIV

Al día siguiente, o hablando con más propiedad, el mismo día por la mañana, a las diez y mientras yo subía a la habitación de Luis de Franchi, bajaban por la escalera dos individuos, jóvenes ambos, uno de ellos evidentemente hombre de mundo; el otro, condecorado con la Legión de Honor, aunque vestido de paisano, parecía militar.

Como sospeché que aquellos dos individuos salían de casa de Franchi, les seguí con la mirada hasta el pie de la escalera; luego continué mi camino y llamé.

El criado abrió la puerta, y al entrar en el estudio de su amo para anunciarme, Luis, que estaba sentado a su bufete y escribiendo, levantó la cabeza y, al verme, me dijo, mientras estrujaba el empezado billete y lo arrojaba al fuego:

-Cabalmente este billete era para usted o iba a enviárselo.

Y volviéndose hacia su criado, añadió:

-José, no estoy en casa para persona alguna.

El criado salió.

-¿Se ha encontrado usted con dos individuos en la escalera?- me preguntó Luis acercándose un sillón.

-Sí, uno de ellos condecorado.

-Eso es.

-He sospechado que salían de aquí.

-Lo ha adivinado.

-¿Han venido de parte de Chateau-Renaud?

-Son sus testigos.

-¡Diantre! Por lo que se ve, lo ha tomado muy en serio.

-No puede usted menos de convenir en que casi no podía obrar de otra manera- repuso Luis.

-¿Luego ha venido...?

-Para rogarme que les enviase dos amigos míos con objeto de tratar con ellos sobre el asunto; entonces he pensado en usted.

-Me honra grandemente el que se haya usted acordado de mí; pero ya ve usted, no puedo presentarme en casa de aquellos caballeros.

-He enviado recado a un amigo, el barón Giordano Martelli, para que se venga a almorzar conmigo. A las once estará aquí. Almorzaremos juntos, y, a mediodía, me harán ustedes el favor de ir a ver a los testigos de Chateau-Renaud, que se han ofrecido a no moverse de su casa hasta las tres. Aquí están sus nombres y sus direcciones.

Luis me entregó dos tarjetas, y por ellas vi que uno de los testigos era el barón Renato Chateaugrand, y el otro Adriano de Boissy. El primero vivía en la calle de la Paz, número 12; el segundo, que, como sospeché, servía en el ejército, era teniente de cazadores de África, y vivía en el número 20 de la palle de Lilla,.

-¿Qué lo apura?- me preguntó Luis al ver que yo volvía y revolvía las tarjetas.

-Querría que me dijese usted con toda franqueza si toma usted por lo serio este asunto, para ajustar nuestra conducta a lo que usted diga.

-¡Ya lo creo!- respondió Luis-. Por otra parte, y como usted pudo oír, me puse a las órdenes de Chateau-Renaud, que me ha enviado sus testigos. A mí no me toca pues sino dejar que las cosas sigan su curso.

-Sí, pero en fin...

-Redondee usted su pensamiento, profirió Luis sonriéndose.

-Quiero decir que sería preciso saber por qué se batían ustedes. Ya comprenderá usted que uno no puede ver cómo dos hombres se matan sin saber a lo menos la causa del duelo. Usted no ignora que la situación del testigo es más grave que la del combatiente.

-Voy a decirle a usted en dos palabras la causa de esta quimera. Hela aquí: A mi llegada a París, uno de mis amigos, capitán de fragata, me presentó a su mujer, joven y hermosa. Ahora bien, la impresión que me cansó la presencia de aquella mujer fue tan honda, que temeroso de enamorarme de ella aproveché lo menos que pude la autorización que me concediera de frecuentar a todas horas la casa. Quejésemme mi amigo de mi indiferencia, y yo le hablé con el corazón

en la mano, diciéndole que su mujer era demasiado hermosa y seductiva para exponerme a verla con frecuencia. Mi amigo se sonrió, y, tendiéndome la mano, me exigió que aquel día mismo lo acompañase a la mesa. “Mi querido Luis- me dijo a los postres-; dentro de tres semanas parto para Méjico, quizá mi ausencia dure tres meses, quizá dure seis o más. Los marinos solemos saber la hora de nuestra partida, pero nunca la de nuestro regreso. Recomiendo a usted a Emilia en mi ausencia, y tú, Emilia- añadió volviéndose hacia su mujer-, hazme el favor de tratar a Luis de Franchi como si fuera tu hermano”. Por toda respuesta, Emilia me tendió la mano. En cuanto a mí, era tal mi asombro, que no supe qué responder. De fijo que en aquel momento mi futura hermana formó de mí muy pobre juicio. Tres semanas después partió mi amigo, y durante el transcurso de ellas me constriñó a comer en familia a lo menos una vez por semana... Emilia se quedó sola con su madre, y aunque huelga decirlo, no quiero pasar en silencio que la confianza de su marido la había hecho sagrada para mí, y que no obstante amarla más que no debía hacerlo un hermano, nunca la miré sino como a una hermana... Transcurrieron seis meses. Emilia, como he dicho a usted, vivía con su madre, y, al partir, su esposo le exigió que continuase recibíendome. Y es que mi amigo nada temía como el sambenito de hombre celoso, y, por otra parte, adoraba a su mujer, en la que tenía la más omnímoda confianza. Emilia continuó pues recibíendome; pero como las recepciones eran familiares y las presidía su madre, quitado todo pretexto a la maledicencia, nadie pudo hincar el diente en su fama... Tres meses atrás, poco más o menos, Chateau-Renaud se hizo presentar... Usted cree en los presentimientos, ¿no es verdad? Pues bien, al aspecto de Chateau-Renaud me estremecí; y aunque no me dirigió la palabra, y guardó la compostura propia de un hombre de mundo, cuando se despidió y sin saber por qué, me animaba ya contra él un odio profundo. He dicho sin saber por qué, y quizá meditándolo bien, la causa de mi odio obedecía a haber yo advertido que él sintiera la misma impresión que yo al ver por primera vez a Emilia. La cual

recibió, o a lo menos así me lo pareció a mí, a Chateau-Renaud con coquetería insólita. Indudablemente me engañé; pero ya he dicho a usted que, en lo íntimo de mi corazón, mi amor por Emilia no había menguado. En una palabra, se había apoderado de mí el demonio de los celos. Así pues, en la próxima tertulia no perdí de vista a Chateau-Renaud, el cual, advirtiendo quizá mi insistencia en seguirle con los ojos, parecióme que hablando a media voz con Emilia, intentaba ridiculizarme... Como yo no hubiese prestado oídos más que a la voz de mi corazón, aquella noche misma le habría buscado quimera bajo cualquier pretexto y me hubiera batido con él; pero me refrené diciéndome una y otra vez a mí mismo que semejante conducta sería absurda... De entonces más.. todos los viernes fueron para mí un suplicio. Chateau-Renaud es un verdadero hombre de mundo, un elegante, un Tenorio, y por muchos conceptos conocí que me superaba; pero dime a entender que Emilia lo colocaba en pedestal todavía más alto del que merecía... A no tardar parecióme notar que no era yo el único que advirtiera la preferencia de Emilia por Chateau-Renaud, preferencia que subió tan de punto y se hizo tan patente, que un día Giordano, que como yo era visita de la casa, me habló de ella. Entonces tomé una determinación formal, la de hablar a mi vez a Emilia, convencido como estaba todavía de que por su parte no había más que ligereza, y que me bastaría abrirle los ojos sobre su conducta para que enmendara cuanto pudo dar pie a que la acusaran de casquivana. Pero figúrese usted cuál sería mi admiración al ver que Emilia tomaba en broma mis observaciones, y me tildaba de loco a mí y a cuantos como yo opinaban. Insistí y Emilia respondióme que en semejante negocio no me prestaría oídos, por la razón de que un hombre enamorado es juez prevenido. Yo me quedé como quien ve visiones; su marido todo se lo había dicho. Como desde el punto de vista de amator desgraciado y celoso, mi presencia en aquella casa se hacía ridícula y casi odiosa, dejé de visitar a Emilia. Sin embargo, continué sabiendo qué hacía, y eso por mi desventura, pues las asiduidades de Chateau-Renaud para con Emilia empezaban a ser notadas y de ellas se ha-

blaba ya en voz alta. Resuelto a escribir a la mujer de mi amigo, lo hice con toda la mesura de que fui capaz, suplicándole, en nombre de su honra comprometida y en el de su esposo ausente y lleno de confianza en ella, que mirase muy mucho lo que hacía. ¿Usted me contestó? Pues ella tampoco... ¡Qué quiere usted! El amor es independiente de la voluntad; la pobre mujer amaba; y como amaba, estaba ciega, o por mejor decir, tenía decidido empeño en no ver. Algún tiempo después oí decir en alta voz que Emilia era la manceba de Chateau-Renaud, y lo que esto me hizo padecer es indecible. Entonces fue cuando mi pobre hermano sintió de rechazo mi dolor. Pasaron doce días, y, en esto, llegó usted. Ahora bien, el día mismo que vino usted a verme a su regreso de Sullacaro, recibí un anónimo de una dama desconocida, que me citaba para el baile de la Ópera, para hacerme sabedor, decía, de ciertas particularidades referentes a una dama amiga mía, de la que por el momento se contentaba con decirme el nombre de pila, que no era otro que el de Emilia. A la autora del anónimo había de conocerla yo en un ramo de violetas. Entonces dije a usted que debí no haber ido al baile; pero le repito que me impelía el hado... Fui a la Ópera, y encontré a la hora y en el sitio indicados a mi dominó, que me confirmó lo que ya me dijeran, esto es, que Chateau-Renaud era el amante de Emilia, y como yo dudara, o más bien como yo aparentase dudar, me dio una prueba de su veracidad diciéndome que Chateau-Renaud había apostado que llevaría a cenar a casa de D... a su nueva concubina. El acaso dispuso que usted conociese a D...; que le convidaran a la cena aquella facultándole para acompañar a ella a un amigo, que el amigo a quien se propusiese usted acompañar fuese yo, y que yo aceptase. Lo demás ya lo sabe usted. ¿Qué puedo hacer ahora sino esperar y aceptar las proposiciones que me hagan?

Como no había qué replicar, bajé la cabeza. Sin embargo, al cabo de un instante dijo con expresión de temor:

-Si mal no me acuerdo, y querría equivocarme, el hermano de usted me dijo que nunca había tocado usted pistola ni espada.



-Es verdad.

-Entonces está usted a merced de su adversario.

-¡Qué quiere usted! Dios proveerá.

## XV

En esto el criado anunció al barón Giordano Martelli.

El cual, como Luis de Franchi, era un joven corso de la provincia de Sarteno, que servía en el regimiento número II, y que gracias a dos o tres hechos de armas admirables, era capitán a los veintitrés de su edad.

Es ocioso decir que Martelli vestía de paisano.

-Lo que tenía que suceder ha sucedido dijo Giordano a Luis, después de haberme saludado-, y por lo que me escribes, es probable que antes de terminar el día, recibas la visita de Chateau-Renaud.

-Ya han venido- profirió Luis.

-¿Han dejado sus nombres y direcciones?

-Aquí están sus tarjetas.

-Tu criado me ha dicho que la mesa estaba puesta; almorcemos pues, y luego iremos a visitarlos.

Pasamos al comedor, y ya no se habló más del asunto que nos reunía.

Entonces, sólo entonces, Luis me interrogó sobre mi viaje por Córcega, y yo, aprovechando la ocasión, lo conté cuanto ya saben mis lectores.

Sosegado en aquel momento el espíritu del joven ante la idea de que iba a batirse al día siguiente con Chateau-Renaud, despertáronse en su corazón todos los afectos hacia su patria y su familia.

Franchi me hizo repetir una y otra vez cuanto me habían dicho su madre y su hermano; y particularmente mostróse muy enternecido, conoedor como era de las costumbres corsas de Luciano, de cuanto hiciera éste para apaciguar los rencores que separaban a los Orlandis y a los Colonas.

-No es que despida a ustedes- dijo Luis al sonar mediodía-, pero tengo para mí que ya es hora de que devuelvan ustedes la visita a los

testigos de Chateau-Renaud; de tardar ustedes más, aquellos podrían darse a entender que somos negligentes.

-Respecto del particular, sosiéguese usted- dije-; apenas hace dos horas que han salido de aquí, y ha necesitado usted tiempo para avisarnos.

-No importa- repuso Giordano-; Luis tiene razón.

-Sin embargo- dije a Franchi-, es menester que sepamos qué arma prefiere usted, si la espada o la pistola.

-Ya he dicho a usted que me era indiferente ésta o la otra arma- contestó Franchi-, pues no estoy familiarizado con ninguna. Por otra parte, Chateau-Renaud me evitará la perplejidad de la elección. Como indudablemente se tendrá por ofendido, que elija el arma que más le plazca.

-Sin embargo, la ofensa es discutible. Usted no hizo más que ofrecer el brazo a la dama que se lo reclamó.

-Escuche usted- me dijo Luis-. Toda discusión podría interpretarse como guiada por el deseo de echar tierra al asunto. Yo soy muy pacífico, como usted sabe; no soy duelista, como lo prueba el que ésta es la primera vez que me encuentro metido en tales berenjenales; pero precisamente por estas razones quiero jugar limpio.

-Esto cuesta muy poco el decirlo- repliqué-; se juega usted la vida, nos deja a nosotros, ante su familia, la responsabilidad de lo que suceda.

-En cuanto a eso, nada teman ustedes arguyó Franchi-; conozco a mi madre y a mi hermano, y sé que no preguntarán a ustedes más sino si me he portado dignamente, y que contestarán: “Está bien” al responderles ustedes que sí.

-Sea lo que fuere, es menester que sepamos qué arma prefiere usted.

-Bueno pues; si proponen la pistola, acepten ustedes.

-Tal opinaba yo- dijo el barón.

-Corriente, ya que los dos opinan así...- repuse-; pero la pistola es arma villana.

-¿Acaso me queda tiempo para aprender la esgrima de la espada?

-No. Sin embargo, con una buena lección de Grisier, quizá lograría usted defenderse.

-Créame usted- profirió Luis sonriéndose-, lo que tiene que suceder mañana, ya escrito en los cielos; y, por más que hagan ustedes y yo, no cambiaremos un ápice los designios de Dios.

Dichas estas palabras, Giordano y yo estrechamos la mano a Franchi y nos marchamos.

Como era natural, nuestra primera visita fue para el testigo de nuestro adversario que vivía más cerca. Así, pues, nos encaminamos a casa de Renato de Chateaugrand, que, como ya dicho, la tenía en el número 12 de la calle de la Paz.

La puerta de Renato estaba cerrada para todo el que no se presentase de parte del señor Luis de Franchi; lo cual quiere decir que, al manifestar nosotros a qué íbamos y al presentar nuestras tarjetas, fuimos introducidos inmediatamente.

Chateaugrand se portó como caballero cumplido hasta el extremo de no consentir de ningún modo que nos tomáramos la molestia de ir a ver a Boissy, con quien, nos dijo, había acordado que el primero en cuya casa se presentaran los testigos enviaría a buscar al otro. Renato envió pues inmediatamente a su lacayo con encargo de que dijese al señor de Boissy que lo estábamos aguardando.

Entretanto hablamos de todo, menos del asunto que nos tenía reunidos.

Diez minutos después llegó Boissy.

Los testigos de Chateau-Renaud ni siquiera se arrogaron el derecho de la elección de armas: como la espada y la pistola eran familiares por igual a su apadrinado, dejaban a la mano de Franchi o al acaso, a él decidir sobre aquel punto. A este efecto echaron al aire una moneda, después de convenir que si salía cara, quedaba elegida la espada, y si cruz, la pistola; y como salió cruz, decidieron que el duelo se llevaría a cabo al día siguiente a las nueve de la mañana, en el bosque de Vincennes; que los adversarios se colocarían a veinte pasos

uno de otro; que se daría la señal con tres palmadas, y que a la tercera aquellos dispararían.

Giordano y yo volvimos a casa de Franchi para hacerle sabedor de la respuesta, y por la noche, al recogerme, encontré en la mía las tarjetas de Chateaugrand y de Boissy.

## XVI

A las ocho de la noche fui a ver a Franchi para preguntarle si tenía que hacerme alguna recomendación, y por toda respuesta me rogó que aguardase al día siguiente, diciéndome con singular expresión que la noche trae consejo.

Al día siguiente, pues, en lugar de ir por él a las ocho, lo cual dejaba todavía margen suficiente para comparecer a la cita a las nueve, me presenté a las siete y media en casa de Luis de Franchi, que estaba ya en su estudio, escribiendo, y que al ruido que hice al abrir la puerta, se volvió.

Luis estaba pálido, y, al verme, me dijo:

-Con su permiso acabo esta carta para mi madre; siéntese usted y tome un diario, si es que ya los han traído; tome usted, aquí está *La Prensa*; por cierto que publica un hermoso folletín de Mery.

Tomé el diario indicado y me senté, mirando con asombro el contraste que hacía la palidez casi cadavérica de Luis con su voz suave, circumspecta y sosegada.

Intenté leer; pero seguía con los ojos los caracteres, sin que ofreciesen sentido alguno a mi espíritu.

-Ya he concluido- profirió Luis al cabo de cinco minutos.

Y llamando a su criado, añadió:

-José, no estoy en casa para nadie, ni siquiera para el señor Giordano, a quien introducirá usted en el salón; deseo pasar a solas diez minutos con el caballero sin que persona alguna nos interrumpa.

Una vez a solas, quiero decir, una vez José hubo cerrado la puerta, Franchi se volvió hacia mí diciéndome:

-Giordano es corso, mi querido Alejandro, y como tal tiene el modo de pensar; así pues, no puedo fiar en él en lo que deseo; no podría hacer sino pedirle que guardase el secreto. En cuanto a usted, es menester que me prometa cumplir mis instrucciones.

-Tal es el deber de un testigo- repuse.

-Y en este caso tanto más real, cuanto así tal vez evite usted a mi familia una nueva desventura.

-¿Una nueva desventura?- pregunté con extrañeza.

-Vea usted lo que escribo a mi madre; lea usted esa carta.

Tomó de manos de Franchi la carta, y con creciente admiración leí lo siguiente:

“Mi buena madre: como yo no supiese que es usted fuerte como una espartana y sumisa como una cristiana, echaría mano de todos los rodeos imaginables para prepararla a recibir el tremendo golpe con que va a herirla un acontecimiento espantoso; cuando la presente llegue a su poder, no le quedará a usted más que un hijo.

“Luciano, hermano mío, mi excelente hermano, ama a mi madre por los dos.

“Anteayer me dio una calentura cerebral, y me fijé poco en los primeros síntomas; el médico llegó demasiado tarde. Mi buena madre, ya no hay esperanza para mí, a no ser que se obre un milagro; pero, ¿con qué derecho puedo esperar que Dios haga para mí el milagro ese?

“Escribo a usted en un momento de lucidez; si muero, esta carta será echada al buzón un cuarto de hora después de mi muerte; porque en el egoísmo de mi amor por usted, quiero que sepa que he muerto añorando tan sólo su ternura y la de mi hermano.

“Adiós, madre mía. No llore usted; no era el cuerpo el que la amaba a usted, sino el alma, y mi alma, doquiera vaya, continuará amándola.

“Adiós, Luciano; no te separes nunca de nuestra madre, y piensa que ya no le queda más que tú.

“Su hijo, y tu hermano:

*“Luis de Franchi”.*

-¿Y bien?- proferí en leyendo la carta y, volviéndome hacia mi amigo-. ¿Qué significa eso?

-¿No lo comprende usted?

-No.

-Van a matarme a las nueve y diez minutos.

-¡Que van a matarlo a usted!

-Sí.

-Alimentar tales ideas es una locura.

-Ni estoy loco ni me ha asaltado idea alguna, mi buen amigo...

He recibido un aviso, y nada más.

-¿Y quién ha avisado a usted?

-¿No contó a usted mi hermano preguntó Luis sonriéndose-, que los varones de mi familia gozan de un privilegio singular?

-Sí, me habló de apariciones- respondí estremeciéndome a pesar mío.

-Esto es. Pues bien, esta noche me ha aparecido mi padre; por eso me ha encontrado usted tan pálido; la vista de los muertos hace palidecer a los vivos.

-¿Dice usted que ha visto a su padre esta noche?- proferí mirando a mi amigo con asombro no exento de terror.

-Sí.

-¿Y le ha hablado?

-Me ha anunciado mi muerte.

-Sería una pesadilla- repuse.

-No, sino una realidad terrible.

-¿Dormía usted?

-Velaba... ¿Por ventura usted no cree que un padre pueda visitar a su hijo?

Esta pregunta me hizo agobiar la frente porque en lo íntimo de mi corazón, también yo creía en tal posibilidad.

-¿Cómo ha pasado eso?- pregunté.

-Lo más sencilla y naturalmente. Yo leía aguardando a mi padre, pues sabía que si me amargaba algún peligro mi padre me aparecería, cuando, a medianoche, ha palidecido la luz de mi quinqué, se ha abierto con lentitud la puerta, y ha aparecido mi padre.

-¿Cómo?- pregunté, el.



-Como en vida: ostentando el traje que solía usar; pero intensamente pálido y vidriosa la mirada.

-¡Válgame Dios!

-Entonces se ha acercado pausadamente a mi cama, y yo me he incorporado y le he dicho:

“-Bien venido sea usted, padre.

“El cual se me ha acercado y me ha mirado con fijeza, pareciéndome que sus atónitos ojos se animaban a impulsos del afecto paternal.

-Prosiga usted- dije- ...¡Es terrible!...

“-Mi padre ha movido los labios, y, ¡caso estupendo!, por más que sus palabras no producían sonido alguno las he oído resonar en lo íntimo de mi ser, claras y vibrantes como un eco.

-¿Qué ha dicho a usted?

“-Piensa en Dios, hijo mío.

“-¿Luego voy a perecer en ese duelo? le he preguntado.

“Por el pálido rostro del espectro han rodado dos lágrimas.

“-¿A qué hora?

“Mi padre ha señalado con el dedo el péndulo, y yo, siguiendo la dirección indicada, he visto que el reloj marcaba las nueve y diez.

“-Está bien, padre- he respondido-. Cúmplase la voluntad de Dios.” Es verdad que me separo de mi madre, pero es para reunirme con usted.

“Mi padre se ha sonreído, y, haciéndome una señal de despedida, se ha alejado.

“La puerta se ha abierto por sí ante él, y, una vez él desaparecido, ha vuelto a cerrarse”.

Franchi se expresó con tanta sencillez y naturalidad, que era evidente que lo que acababa de contar había sucedido realmente, o que, en su preocupación, había sido juguete de una ilusión a la cual tomara por la realidad, y que, por consiguiente, era tan terrible como ella.

Yo enjuagué el sudor que me corría por la frente.

-Usted ya conoce a mi hermano, ¿no es verdad?- continuó Luis.

-Sí.

-¿Qué le parece que va a hacer si sabe que he sido matado en duelo?

-Sin perder instante partirá de Sullacaro para venir a batirse con su matador.

-Lo ha adivinado usted, y si a su vez sucumbe, mi madre será tres veces viuda, viuda de su esposo y de sus hijos.

-¡Oh!, comprendo, ¡es espantoso!

-Pues esto es lo que hay que evitar. He ahí por qué he escrito esta carta. En la creencia de que he sucumbido a una calentura cerebral, mi hermano no se resolverá contra persona alguna, y mi madre se consolará más fácilmente si cree que he muerto por la voluntad de Dios, que no si supiese que he perecido a manos de los hombres. A no ser que...

-¿A no ser qué...?- repetí.

-¡Oh! No, no...- profirió Luis-, espero que no será.

Como vi que mi amigo respondía a un temor personal, no insistí.

En esto se abrió la puerta.

-Mi querido Franchi- dijo el barón Giordano-, mientras ha sido posible, he respetado tu consigna; pero son las ocho, la cita es para las nueve, y tenemos que andar legua y media. Así pues, es menester que partamos.

-Estoy presto, mi buen Giordano- profirió Luis-; pero entra, ya he dicho al caballero cuanto tenía que decirle.

Luis me miró, se llevó un dedo a la boca, y volviéndose hacia su bufete y tomando una carta cerrada que sobre él estaba, dijo a Giordano:

-En cuanto a ti, mi querido amigo, si muero, lee esta carta, y hazme el favor de conformarte con lo que en ella te ruego.

-Está bien- contestó el barón.

-¿No se encargó usted de las armas? me preguntó Franchi.

-Sí- respondí-; pero en el momento de salir de mi casa he advertido que uno de los gatillos no funcionaba bien. De paso tomaremos un estuche de pistolas en casa de Devisme.

Luis me miró sonriéndose y me tendió la mano; y es que comprendió que yo no quería que lo mataran con mis pistolas.

-¿Disponen ustedes de coche, o envío a José por uno?- preguntó Luis.

-Yo me he venido en mi cupé- dijo Giordano-; estrechándonos un poco, los tres cabremos en él. Por otra parte, como es un poco tarde, siempre iremos más aprisa con mis caballos que no con caballos de alquiler.

-Partamos- dijo Luis.

Bajamos a la calle, y José, que nos aguardaba a la puerta, preguntó a su amo:

¿Voy con usted?

-No, José- respondió Franchi-, no necesito de usted.

Y quedándose un poco atrás, puso en la mano de su servidor un pequeño cartucho con monedas de oro, y le dijo:

-Tome usted, amigo, y si alguna vez en mis ratos de mal humor he estado desabrido con usted, perdóneme.

-¡Oh! señor- exclamó José con los ojos arrasados de lágrimas-, ¿qué significan estas palabras?

-¡Silencio!- profirió Franchi.

Y lanzándose al cupé, se sentó entre Giordano y yo.

-Era un buen servidor- dijo Luis, mirando por última vez a José, y si pueden ustedes serle útil en algo, se lo agradeceré a ustedes en el alma.

-¡Qué! ¿Lo despides?- preguntó el barón.

-No, me separo de él- respondió Luis.

Al llegar a la puerta de Devisme nos detuvimos el tiempo estrictamente necesario para tomar un estuche de pistolas, y luego reanudamos la marcha al trote largo.

## XVII

A las nueve menos cinco llegamos a Vincennes, en el mismísimo, instante en que lo efectuaba el coche de Chateau-Renaud, y unos y otros nos internamos en el bosque por caminos diferentes, después de dar orden a nuestros respectivos cocheros que fuesen a aguardarnos en la alameda grande en cuanto nos hubiéramos apeado.

Poco después estábamos reunidos en el lugar de la cita.

-Señores- dijo, Luis echando el primero pie a tierra-. Ya saben ustedes que no admito arreglo alguno. ¡Ah!, mi buen amigo- prosiguió Franchi-. Después de la confianza que le he hecho, usted es el que está menos autorizado para proponerlo o aceptarlo.

Ante la firme voluntad de Luis, que para mí era sagrada, agobié la cabeza, y dejándolo junto al cupé, Giordano y yo nos encaminamos al encuentro de Boissy y de Chateaugrand.

Giordano llevaba en la mano el estuche de las pistolas.

-Señores- dijo el barón Giordano así que los cuatro testigos hubimos cruzado un saludo-; en circunstancias como la presentes, los cumplidos más cortos son los mejores, pues de un momento a otro pueden estorbarnos. Aquí están las armas que nos comprometimos a traer; examínenlas ustedes; acabamos de tomarlas en casa del armero, y damos nuestra palabra de que el señor Luis de Franchi ni siquiera las ha visto.

-Era ocioso que empeñase usted su palabra- replicó el vizconde de Chateaugrand-; sabemos con quiénes tratamos.

Y tomando una pistola, mientras Boissy, tomaba la otra, los dos testigos hicieron funcionar el gatillo y examinaron el calibre.

-Son pistolas comunes y nunca han servido- dijo Giordano-; pero, una pregunta: ¿pueden los adversarios aprovechar los dos tiempos del gatillo?

-Opino que cada uno de ellos es libre de hacer lo que le plazca y según su costumbre,- respondió Boissy.

-Corriente- profirió Giordano-. La igualdad de probabilidades place.

-Bueno, pues, avise usted al señor de Franchi, como nosotros avisaremos al señor de Chateau-Renaud.

-De acuerdo; ahora, caballero- continuó el barón Giordano-, como nosotros hemos traído las armas, a ustedes les corresponde cargarlas.

-Los dos jóvenes tomaron cada uno una pistola, midieron escrupulosamente la misma carga de pólvora, tomaron al acaso dos balas, y las metieron en sus cañones con ayuda de la baqueta.

Durante esta operación, en la cual no quise tomar parte alguna, me acerqué a Luis.

-No olvide usted ninguno de mis encargos- me dijo Franchi sonriéndose-, y obtenga usted de Giordano, a quien, por otra parte, se lo recomiendo en la carta que le he entregado, que nada cuente a mi madre ni a mi hermano. Procure usted también que los periódicos no recen palabra sobre este duelo, o, si hablan de él, que no citen los nombres.

-¿Conque persiste usted en la terrible convicción de que el duelo le será fatal? Preguntó a Luis.

-Más que nunca; pero fío en que a lo menos me hará usted la justicia de convenir en que he arrostrado la muerte como verdadero corso.

-Es tal la tranquilidad de usted, mi querido Franchi- proferí-, que me hace alentar la esperanza de que no está usted tan plenamente convencido de eso.

-Todavía me quedan siete minutos de vida- repuso Luis sacando su reloj y puso en mi mano la joya, añadiendo-: Tome usted mi reloj, y hágame el favor de conservarlo en recuerdo mío: es un excelente Brequet.

-Espero devolvérselo a usted dentro de ocho minutos- dije a Franchi, tomando el reloj y estrechándole la mano.

-No hablemos más de eso- dijo Luis. Ahí vienen los padrinos.

-Señores- dijo el vizconde de Chateaugrand-, a la derecha mano debe haber un claro que a mí mismo me sirvió de teatro para un lance parecido el año pasado; ¿les parece si lo buscáramos? En él estaríamos mejor que en la alameda, donde pueden estorbarnos.

-Guéenos usted- contestó Giordano Martelli.

El vizconde se adelantó, y los demás lo seguimos en dos grupos separados.

En efecto, a no tardar y después de unos treinta pasos de insensible descenso nos paramos en un claro que en otro tiempo había indudablemente sido una chacra por el estilo de la de Auteuil, y que, ya seca, formaba una hondonada rodeada de una como escarpa. El terreno parecía pues expresamente dispuesto para servir de teatro a una escena como la que allí iba a desenvolverse.

-Señor Martelli- dijo el vizconde-, ¿quiere usted medir los pasos conmigo?

El barón respondió con un saludo de asentimiento, y, mano a mano con Chateaugrand, midió veinte pasos comunes.

Yo quedé pues todavía algunos segundos a solas con Franchi, el cual me dijo:

-Sobre mi bufete hallará usted mi testamento.

-Está bien- respondí- nada tema.

-Cuando plazca a ustedes, señores- dijo Chateaugrand.

-Aquí estoy- repuso Luis-. Y volviéndose hacia mí, añadió:- Adiós, mi querido amigo, y gracias de todo corazón Por las molestias que le he ocasionado, sin contar- continuó, sonriéndose con melancolía-, las que todavía voy a darle.

-Ea- exclamé, tomando la mano a Franchi que aunque fría no estaba agitada-. Olvide usted la aparición de esta noche y apunte lo mejor que pueda.

-¿Recuerda usted el *Freyschutz*?

-Sí.

-Pues ya sabe usted que cada bala tiene su destino... Adiós.

Luis encontró en su camino al barón Giordano, que tenía en la mano la pistola que le estaba destinada, tomó el arma, la amartilló, y, sin mirarla siquiera, fue a colocarse en su sitio, indicado por un pañuelo.

Chateau-Renaud estaba ya en el suyo. Por un instante reinó el más profundo silencio, durante el cual los duelistas saludaron a los testigos, luego a los de su adversario, y por último se saludaron mutuamente. Chateau-Renaud parecía estar acostumbrado a aquella clase de negocios y se sonrió como hombre seguro de su destreza, si no era que le constaba que aquella era la primera vez que Franchi empuñaba una pistola.

Luis estaba sosegado e impasible, y su hermosa cabeza parecía de mármol.

-Señores- dijo Chateau-Renaud-, ya ven ustedes que estamos aguardando.

Luis me dirigió una postrera mirada, y luego, sonriéndose, fijó los ojos en el cielo.

-Ea, señores- exclamó Chateaugrand-, prepárense ustedes-. Y dando tres palmadas, añadió:- A la una... a las dos... a las tres.

Los dos tiros no produjeron más que una sola detonación.

Al mismo instante vi a Luis dar dos vueltas sobre sí mismo y caer sobre una rodilla.

Chateau-Renaud quedó en pie; el proyectil de Luis sólo le había agujereado la solapa del gabán.

-¿Está usted herido?- exclamé abalanzándome a Franchi.

El desventurado hizo un esfuerzo para responder, pero sus labios, en vez de dar paso a palabra alguna, se bordaron de sanguinolenta espuma.

Al mismo tiempo, Franchi dejó caer la pistola y se llevó la mano al lado de su pecho.

Apenas si en el gabán se veía un agujero no mayor de un garbanzo.

-Señor barón- exclamé-, corra al cuartel y traiga al cirujano del regimiento.

Pero Franchi reunió las fuerzas que le quedaban, y, deteniendo a Giordano, le hizo con la cabeza una señal significativa de que era inútil que diese aquel paso.

Al mismo tiempo, Luis cayó sobre la segunda rodilla.

Chateau-Renaud se alejó inmediatamente; pero sus dos testigos se acercaron al herido, a quien Giordano y yo habíamos ya abierto el gabán y desgarrado el chaleco y la camisa.

La bala había entrado por debajo, en la sexta costilla de la derecha, y salido algo encima de la cadera izquierda.

A cada respiración del moribundo, la sangre manaba por ambas heridas, evidentemente mortales.

-Señor de Franchi- dijo Chateaugrand-. Está usted firmemente persuadido de que deploramos amargamente el desastroso resultado de este asunto, y esperamos que no alienta usted rencor alguno contra el señor de Chateau-Renaud.

-Sí...- murmuró el herido-, le perdono...; pero que salga de París... Que salga...;

Y volviéndose hacia mí y haciendo un esfuerzo, me dijo:

-No olvide usted la promesa que me ha hecho.

-Le juro a usted cumplir sus deseos respondí. `

-Y ahora- profirió Franchi sonriéndose-, consulte el reloj.

Dichas estas palabras, Luis se desplomó exhalando un prolongado suspiro, el último.

Yo consulté el reloj: eran las nueve y diez en punto. Luego miré a Franchi, estaba muerto.

Trasladamos el cadáver a su domicilio, y mientras Giordano iba a hacer la declaración al comisario de policía del distrito, lo subí con José a su cuarto.

El pobre criado lloraba a lágrima viva.



Al entrar, a pesar mío, fijé los ojos en el péndulo, y vi que señalaba las nueve y diez minutos. Indudablemente se habían olvidado de darle cuerda, y se había parado precisamente a aquella hora.

Poco después, el barón Giordano regresó con los agentes de justicia, que, advertidos por él, venían a echar los sellos.

El barón quería enviar esquelas mortuorias a los amigos y conocidos del difunto; pero le rogué que antes leyese la carta que le entregara Luis de Franchi en el instante de nuestra partida.

Giordano abrió la carta, y vio que en ella Luis le rogaba encarecidamente que ocultase a Luciano la causa de su muerte, y que, para que persona alguna estuviese en la confidencia, le hiciese enterrar sin pompa ni ceremonia.

El barón se encargó de todos esos pormenores, y yo fui a ver al punto a Boissy y si Chateaugrand, para rogarles que guardasen silencio sobre aquel desgraciado asunto, y, que incitasen a Chateau-Renaud, sin decirle por qué, a que se ausentara de París, a lo menos por algún tiempo.

Boissy y Chateaugrand me prometieron secundar mi intención en cuanto estuviese en su poder; y mientras ellos se encaminaban a casa de Chateau-Renaud, fui a echar en el buzón la carta que anunciaba a la señora Franchi que su hijo acababa de morir de una calentura cerebral.

## XVIII

Contra la costumbre en casos parecidos, aquel duelo no hizo ruido.

Hasta los periódicos, resonantes y mentidas trompetas de la publicidad, se callaron.

Sólo algunos amigos íntimos acompañaron el cuerpo del infortunado joven al cementerio del Padre Lachaise

En cuanto a Chateau-Renaud, por mucho que le instaron, se negó a ausentarse de París.

Por un momento estuve si escribo o no escribo a la familia de Luis, después de haber echado la carta de éste al correo; pero aunque el propósito era bueno, me repugnó el mentir respecto a las causas de la muerte de un hijo y de un hermano. Además, me cabía el convencimiento de que el mismo Luis, antes de escribir a su madre la carta aquella, había luchado largamente, y que, para decidirse a hacerlo, le había sido menester la importancia de las razones que me diera.

Así, pues, y a riesgo de que me acusaran de indiferente o de ingrato, guardé silencio, como estaba convencido de que también Giordano Martelli lo había guardado.

Cinco días después del duelo, a eso de las once de la noche y mientras estaba trabajando sentado a mi bufete, junto a la lumbre, solo y más que medianamente malhumorado, entró mi criado, cerró apresuradamente la puerta, y con voz atropellada me dijo que el señor de Franchi preguntaba por mí y deseaba hablarme.

-¿Qué está usted diciendo ahí?- repuse, volviéndome y mirando con fijeza a Víctor, mi criado, que estaba sumamente pálido.

-Si quiero usted que le diga la verdad- profirió Víctor-, ni yo mismo lo sé.

-Vamos a ver, ¿de qué señor Franchi quiere usted hablarme?

-Pues, del amigo de usted... del que he visto aquí dos o tres veces...

-Está usted loco, Víctor. ¿No sabe usted que tuvimos la desgracia de perderlo hace cinco días!

-Sí, señor; por eso no sé lo que me pasa. Cuando ha llamado, yo me encontraba en la antesala, y he ido a abrir la puerta; pero al verlo me he echado atrás inmediatamente. Entonces el señor de Franchi ha entrado, ha preguntado si usted estaba en casa, y, en mi turbación, le he respondido que sí. Pues vaya usted y anúnciele, me ha dicho, que el señor de Franchi solicita hablar con él. Y aquí me tiene usted.

-Le repito que está usted loco, Víctor- repuse-; indudablemente la antesala estaba escasamente iluminada, y ha visto usted mal; o estaba usted dormido y ha oído una cosa por otra. Vuelva usted allá, y pregunte usted nuevamente el nombre.

-Es inútil, señor- profirió Víctor-; le juro a usted que no me engaño, que he visto y oído claramente.

-Pues que entre el señor de Franchi dije.

Víctor se encaminó temblando a la puerta, la abrió, y desde el interior de mi estudio exclamó:

-Sírvase usted entrar, caballero.

A pesar de la alfombra que los amortigua, al punto oí rumor de pasos de alguien que atravesaba el salón y se acercaba a mi estudio; luego vi parecer efectivamente, al señor de Franchi.

Confieso que mi primer impulso fue de terror, y que me levanté y retrocedí un poco.

-Perdóneme usted si le molesto a tales horas- me dijo Franchi-, pero he llegado hace diez minutos, y ya comprende usted que no he querido aguardar a mañana para hablar con usted.

-¡Ah!, mi querido Luciano, ¿conque es usted?- exclamó, abalanzándose a él, abrazándole efusivamente, y soltando a pesar mío algunas lágrimas.

-Sí, soy yo- respondió el joven.

-¿Entonces nada sabe usted?- proferí, calculando que apenas si la carta había tenido tiempo de llegar, no a Sullacaro, pero ni siquiera a Ajaccio.

-Lo sé todo- respondió Luciano.

-¡Cómo! ¡Todo!

-Sí, señor.

-Víctor- dije a mi criado, todavía algo intranquilo-, déjenos usted, o mejor vuelva usted dentro de un cuarto de hora con una servilleta con refrescos-. Y volviéndome hacia Luciano, añadí:- Usted cena y duerme aquí ¿no es eso?

-Acepto- contestó Franchi- no he comido desde Auxerre. Además, como nadie me conocía, o más bien dicho- añadió sonriéndose profundamente triste-, como en casa de mi desventurado hermano todos parecían conocerme, no han querido abrirme la puerta, y me he vuelto dejando la casa entera en revolución.

-En efecto, mi querido Luciano; el parecido de usted con Luis es tal, que a mí mismo me ha llenado de asombro al entrar usted.

-¡Cómo!- exclamó Víctor, que aun no se había decidido a salir de mi estudio-. ¿El caballero es hermano de...?

-Sí, pero vaya usted, y sírvanos.

Víctor se salió, y yo así la mano a Franchi, lo conduje a un sillón, me senté junto a él, y, cada vez más admirado de su presencia, le dije:

-¿Luego estaba usted en camino cuando supo la nueva fatal?

-No, señor, en Sullacaro.

-No puede ser; apenas si a estas horas ha llegado la carta de Luis.

-Usted se olvida de la balada de *Burger*, mi querido Alejandro; ¡los muertos van a prisa!

-¿Qué quiere usted decir?- proferí estremeciéndome-; no le comprendo.

-¿Ya no recuerda usted lo que le conté respecto de las apariciones familiares a nuestra familia?

-¡Qué! ¿A usted se le ha aparecido Luis- exclamé.

-Sí.

-¿Cuándo?

-Durante la noche del 16 al 17.

-¿Y se lo dijo a usted todo?

-Todo.

-¿Dijo a usted que estaba muerto?

-No, sino que lo habían matado: los muertos no mienten.

-¿Y le dijo cómo?

-En duelo.

-¿Por quién?

-Por Chateau-Renaud.

-No, no; no puede ser- dije-; usted ha sabido eso por otro conducto.

-¿Usted cree que estoy en chancearme?

-Usted perdone- proferí-; pero es tan extraordinario lo que usted me dice, y cuanto pasa a ustedes está de tal suerte fuera del orden natural...

-Que no acierta usted a dar crédito a ello, ¿no es verdad?; lo comprendo.

Y abriendo la pechera de su camisa y mostrándome una señal azul impresa en su piel, encima de la sexta costilla, Luciano añadió:

-Mire usted, ¿cree usted en esto?

-Realmente, en este sitio recibió Luis la herida- dije.

-Y la bala salió por aquí, ¿no es cierto?- prosiguió Franchi apoyando un dedo encima de la cadera izquierda.

-¡Es portentoso!- exclamé.

-¿Quiere usted que le diga a qué hora murió Luis?

-Diga usted.

-A las nueve y diez minutos.

-Mire usted, Luciano, cuénteme todo de un tirón, pues al interrogarle y al escuchar sus fantásticas respuestas, mi imaginación se extravía; prefiero un relato.

## XIX

Luciano se acodó en su sillón, miróme fijamente y continuó:

-Es muy sencillo. El día que murió mi hermano, había salido yo por la mañana a caballo para visitar a nuestros pastores de la parte de Carboni, cuando en el instante en que, después de haber mirado la hora, me metía mi reloj en el bolsillo, recibí en el costado un golpe tan violento, que me desmayé. Al abrir de nuevo los ojos, me encontré tendido en el suelo y en brazos de Orlandi, que me echaba agua en el rostro. Mi caballo estaba a cuatro pasos, con las narices tendidas hacia mí, soplando y resoplando.

“-¿Pero, ¿qué le ha pasado?”- me preguntó Orlandi.

“-No lo sé- respondí-; pero dígame usted, ¿no ha oído usted un tiro?”

“-No.

“-Se lo pregunto, porque me parece que acabo de recibir un bala-  
zo aquí- dije a Orlandi, mostrándole el sitio en que sentía el dolor.

“-Ni se ha oído escopetazo ni pistoletazo alguno, ni tiene usted  
agujereado el gabán.

“-Entonces- repliqué-, acaban de matar a mi hermano.

“-Esto ya es distinto- profirió Orlandi.

“-Abrí mi gabán, y hallé la señal que he mostrado a usted hace  
poco, pero que al principio era viva y como sanguinolenta.

“-Tan quebrantado me tenía el doble dolor físico y moral, que por  
un instante estuve por volver a Sullacaro; pero me contuve al pensar  
que mi madre no me aguardaba hasta la hora de la cena, y no sabía yo  
qué razón darle para motivar mi regreso.

“-Por otra parte, no quería anunciarle, sin mayor certitud, la  
muerte de mi hermano.

“-Continué pues mi camino, y no volví a mi casa hasta las seis de  
la tarde.

“Mi pobre madre me recibió como siempre; lo cual era demostración palpable de que nada sospechaba.

“En cenando, me subí a mi cuarto, y como al pasar por el corredor que usted sabe, el viento apagó mi bujía, iba a bajarme otra vez para encenderla de nuevo, cuando al través de las rendijas de la puerta vi luz en el cuarto de mi hermano.

“De pronto supuse que Griffo había tenido que hacer en aquel cuarto, y que, al marcharse, se había olvidado en él la lámpara.

“Con todo esto empujé la puerta, y al entrar vi que ardía un cirio junto a la cama de mi hermano, y, en la cama, a mi hermano, tendido, desnudo y ensangrentado.

“Por un instante quedé inmóvil de terror; luego me acerqué a mi hermano, y lo toqué. Estaba ya como el mármol.

“El cuerpo de Luis estaba atravesado de parte a parte por una bala, y la bala había entrado por el mismo sitio en que yo sintiera el golpe; además, de los violáceos labios de la herida manaban algunas gotas de sangre.

“Para mí era evidente que habían matado a mi hermano.

“Caí de rodillas, y, con la frente apoyada en la cama, cerré los párpados y oré.

“Al abrir de nuevo los ojos, me hallé en la más negra oscuridad: el cirio estaba apagado, la visión había desaparecido.

“Palpé la cama, y estaba vacía.

“Yo me tengo por tan valiente como el que más; pero confieso a usted que al salir del cuarto, a tientas, mis cabellos estaban erizados y el sudor me inundaba la frente.

“Bajé por otra bujía, y mi madre, al verme, lanzó una gran voz.

“-¿Qué te pasa?- me preguntó-. ¿Por qué estás tan pálido?

“-Nada tengo, madre- respondí.

“Y cogiendo otro candelero, me subí nuevamente.

“Ahora la bujía no se apagó, y al entrar en el cuarto de mi hermano, vi que no había en él ningún cirio y que los colchones no presentaban huella alguna de haber cargado sobre ellos su peso.

“En el, suelo estaba mi primera bujía, y, recogíendola, volví a encenderla.

“Pese a no ofrecérseme nuevas pruebas, lo que viera fue bastante para dejarme plenamente convencido.

“Mi hermano había sido matado a las nueve y diez minutos de la mañana.

“Entré en mi cuarto, me acosté profundamente conmovido, y, como puede usted suponer, tardé mucho tiempo en dormirme, es decir, hasta que la fatiga venció a la emoción.

“Entonces todo continuó bajo la forma de un ensueño; vi la escena tal cual se había desenvuelto; al hombre que ha matado a Luis y oí pronunciar su nombre; el matador se llama Chateau-Renaud.

-¡Ay! Cuanto acaba usted de decir es demasiado cierto, por desgracia- repuse-. Pero, ¿qué viene usted a hacer en París?

-Vengo a matar al que ha matado a mi hermano.

-¿Matarlo?...

-¡Oh! No tema usted, no al modo de los corsos, tras un seto o por encima de una pared, sino al modo francés, con guantes blancos, chorrera y puños de encajes.

-¿Y la señora de Franchi sabe que ha venido usted con esta intención?

-Sí.

-¿Y ha dejado que usted partiera?

-Me besó en la frente y me dijo: ¡Ve! Mi madre es una verdadera corsa.

-¿Y ha venido usted?

-Heme aquí.

-Pero Luis, en vida, no quería ser vengado.

-Muerto, habrá mudado de parecer- replicó Luciano sonriéndose con amargura.

En esto el criado sirvió la cena, y nos sentamos a la mesa.



Luciano comió como hombre libre de toda preocupación, y, en cenando, lo conduje a su dormitorio, donde me dio las gracias, me estrechó la mano y me dio las buenas noches.

La calma de Luciano era la que, en las almas fuertes, sigue a una resolución inquebrantable.

Al día siguiente Franchi entró a verme tan pronto como mi criado le dijo que yo estaba en disposición de recibirlo.

-¿Quiere usted hacerme el favor de acompañarme hasta Vincennes?- me dijo Luciano. Deseo hacer esta piadosa peregrinación; si no, iré solo...

-¡Cómo, solo! ¿Y quién indicará a usted el sitio?

-Nada tema usted; lo conoceré; ¿no he dicho a usted que lo vi en sueños?

-Está bien, le acompaño- dije, picada mi curiosidad de saber hasta dónde llegaría aquella singular intuición.

-Pues vístase usted mientras escribo a Giordano. Dígame, ¿me presta usted su criado para que lleve la carta esta a su destino?

-Mi criado lo es de usted.

-Gracias.

Luciano salió, y diez minutos después, volvió a entrar trayendo su carta y entregándosela a mi criado para que la llevara a Martelli. Luego nos subimos a un cabriolé por el cual envié, y partimos para Vincennes.

-Ya estamos cerca, ¿verdad?- dijo Luciano al llegar a la encrucijada.

-Sí, a veinte pasos de aquí nos hallaremos en el sitio por donde entramos en el bosque.

-Ya hemos llegado- exclamó el joven, dando orden al cochero de que parase.

Realmente aquel era el sitio.

Luciano entró sin titubear en el bosque, como si le fuera familiar, se encaminó derechamente a la hondonada, y, una vez en ella, se orientó por espacio de un segundo, se adelantó hasta el lugar en que

cayera su hermano, se inclinó hasta el suelo, y, al ver en la tierra una mancha rojiza, dijo:

-Es aquí.

Tras estas palabras, Franchi bajó con lentitud la cabeza y besó el césped; luego se levantó con las pupilas inflamadas, atravesó la hondonada hasta el sitio desde el cual disparara Chateau-Renaud, y, dando con el pie en el suelo, profirió;

-Aquí estaba el matador de Luis y aquí le verá tendido mañana.

-¡Cómo!, ¿mañana?- repuse.

-Sí; o es un cobarde, o mañana me dará aquí el desquite.

-Sepa usted, mi querido Luciano- le dije-, que en Francia los duelos no arrastran más consecuencias que las naturales a ellos. Chateau-Renaud se batió con Luis, a quien provocó, pero nada tiene que ver con usted.

-¡Ah! ¿Conque según usted, Chateau-Renaud tuvo el derecho de provocar a mi hermano, porque éste ofreció su apoyo a una mujer a quien él había engañado por manera villana? ¿Chateau-Renaud mató a mi hermano, que nunca empuñó una pistola; lo mató con tanta seguridad como si hubiese disparado sobre aquel corzo que nos está mirando, y a mí no me cabría el derecho de provocar a Chateau-Renaud? ¡Bah!

Yo bajé la cabeza sin responder.

-Por otra parte- continuó Luciano- usted nada tiene que hacer en este asunto. Nada tema usted, esta mañana he escrito a Giordano, y, cuando regresemos a París, ya estará todo arreglado. ¿Usted cree, por ventura, que Chateau-Renaud se negará a aceptar mi proposición?

-Por desgracia- respondí-, Chateau-Renaud es tenido por tan valiente, que no puede dudarse de que aceptará.

-Entonces todo marcha a pedir de boca- dijo Franchi-. Vámonos a almorzar.

Ya otra vez en la alameda nos subimos al cabriolé.

-¡Calle de Rívoli!- dije al cochero.

-No- replicó Luciano-, soy yo quien convido a usted a almorzar... Al café de París, cochero... ¿No era en el café de París donde solía almorzar mi hermano?

-Cierto que sí.

-Sí, en el café de París; por otra parte, he citado en él a Giordano.

-Vamos, pues, al café de París.

Media hora después nos apeamos a la puerta del restaurante.

## XX

La entrada de Luciano en el café de París fue una nueva demostración del estupendo parecido entre él y su hermano.

El rumor de la muerte de Luis había cundido, quizá no en todos sus pormenores, es cierto, pero al fin cundido; así es que la aparición de Luciano llenó de estupor a todo el mundo.

En cuanto a mí, prevenido de que Giordano vendría a reunírse-nos, pedí un gabinete, el situado en lo último del café, y en el cual Luciano se puso a leer los diarios con sosiego que tenía todas las apariencias de insensibilidad.

-Mientras almorzábamos llegó el barón Giordano Martelli, y aunque él y Luciano no se habían visto hacía cuatro o cinco años, la única demostración de amistad que se dieron, fue un apretón de manos.

-Todo está arreglado- dijo Martelli.

-¿Chateau Renaud acepta?- preguntó Luciano.

-Sí; pero con una condición, y es que tras usted lo dejen en paz.

-Nada tema Chateau-Renaud: soy el último Franchi. Y dígame usted: ¿ha visto usted a él personalmente o a sus testigos?

-A él. Él mismo se ha encargado de avisar a Boissy y a Chateau-grand. En cuanto a las armas, hora y sitio, serán los mismos.

-De perlas. Siéntese usted y almuerce.

El barón tomó asiento, y hablamos de todo menos del duelo.

En almorzando, Franchi nos rogó que diésemos a conocer al comisario de policía que echara los sellos, y al propietario de la casa en que habitara su hermano, pues anhelaba pasar en el mismo cuarto de Luis la noche que le separaba de la venganza.

Tales diligencias nos absorbieron parte del día, y hasta las cinco de la tarde Luciano no pudo entrar en la que fue habitación de Luis donde le dejamos solo, sabiendo, como sabíamos, que la pesadumbre tiene su pudor y que es menester respetarlo..

Franchi nos citó para la mañana siguiente a las ocho, rogándome que me procurase las mismas pistolas y aun que las comprase si estaban de venta.

En seguida me encaminé a casa de Devisne, y quedé cerrado el tratado mediante ciento veinte duros.

Al día siguiente, a las ocho menos cuarto, me encontraba en casa de Franchi; al cual hallé sentado en el mismo sitio y a la misma mesa en que había hallado escribiendo a Luis.

-Buenos días- me dijo Franchi sonriéndose, aunque estaba intencionalmente pálido-; escribo a mi madre.

-Supongo que le participa usted una nueva menos dolorosa que la que hace ocho días le participó Luis.

-Le digo que puede rogar tranquilamente por su hijo y que éste está vengado.

-¡Hombre! ¿Y cómo puede usted hablar con semejante seguridad?

-¿No anunció a usted anticipadamente su muerte mi hermano? Pues yo anticipadamente le anuncio la de Chateau-Renaud.

-Y levantándose y tocándome en la sien, añadió:

-Por aquí le meteré la bala.

-¿Y usted?- repuso.

-Ni siquiera me tocará.

-A lo menos aguarde usted a que se efectuado el duelo para enviar esa carta.

-Es del todo ocioso- replicó Franchi, tirando de la campanilla.

Y volviéndose hacia el criado, que acudió solícito al llamamiento, continuó:

-José, esta carta al correo.

-Así pues, ¿ha vuelto usted a ver a Luis?- pregunté.

-Sí- me respondió Luciano.

Tenían no sé qué de inexplicable aquellos dos duelos seguidos, en los cuales y de antemano uno de los dos adversarios estaba condenado sin remisión.

En esto llegó el barón Giordano Martelli, y como eran las ocho, partimos.

Era tal la prisa que de llegar tenía Luciano, y estimuló éste por tal manera al cochero, que arribamos al lugar de la cita diez minutos antes de la hora señalada.

Nuestros adversarios llegaron a las nueve en punto, y los tres a caballo y seguidos de sendos criados a caballo también.

Chateau-Renaud venía con la mano en la pechera de su levita, de modo que a primera vista dime a entender que llevaba el brazo en cabestrillo.

A veinte pasos de nosotros Chateau-Renaud y sus testigos se apearon y echaron a sus criados las riendas de sus monturas.

Chateau-Renaud se quedó atrás, y por más que estábamos bastante separados de él, lo vi mirar a Luciano y palidecer. Luego volvió el rostro, y se entretuvo en cortar con el látigo que llevaba en la mano izquierda las florecillas que entre el césped crecían.

-Aquí estamos, señores- dijeron Chateaugrand y Boissy-. Pero ya conocen ustedes nuestras condiciones, esto es: que este duelo es el último, y que, sea cual fuere su resultado, el señor Chateau-Renaud no tendrá que responder de las dobles consecuencias a persona alguna.

-Corriente- dijimos Giordano y yo.

Franchi se inclinó en señal de asentimiento.

-¿Traen ustedes pistolas?- preguntó el vizconde de Chateaugrand.

-Las mismas del otro día.

-¿El señor de Franchi las conoce?

-Muchísimo menos que el señor de Chateau-Renaud, pues éste se ha servido de ellas una vez y el señor de Franchi todavía no las ha visto.

-Está bien, señores. Chateau-Renaud, acércate.

Inmediatamente nos internamos en el bosque sin proferir palabra; y es que cada uno de nosotros, apenas repuestos de la escena de

que íbamos a ver nuevamente el teatro, presentíamos que iba a pasar algo no menos terrible que la vez primera.

Al llegar a la hondonada, Chateau-Renaud, gracias a un gran dominio sobre sí mismo, parecía estar sosegado; pero los que lo vieran en aquellos dos duelos podían sin embargo apreciar la diferencia.

De tiempo en tiempo Chateau-Renaud miraba al soslayo a Franchi, y su mirada expresaba una zozobra que se parecía grandemente al terror.

Quizá lo que le preocupaba era el admirable parecido de los dos hermanos, y creía ver en Luciano la sombra vengadora de Luis.

Mientras cargaban las pistolas, le vi en fin sacar la mano de su pechera; llevábala envuelta en un pañuelo mojado que debía calmar en ella los movimientos febriles.

Luciano aguardó con la mirada sosegada y fija, como quien está seguro de la venganza sin que le indicaran el sitio, fue a colocarse en el que ocupara su hermano; lo cual obligó naturalmente a Chateau-Renaud a encaminarse hacia el que él ocupado había.

Franchi recibió su arma con sonrisa de gozo; Chateau-Renaud, al tomar la suya, de pálido que estaba se tornó como una mortaja. Luego, y como si su corbata lo estrangulara, pasó la mano entre aquella y el cuello de su camisa.

Es imposible formarse idea del involuntario terror con que miraba yo a aquel joven gallardo, rico, elegante, que, el día anterior por la mañana, se daba a entender que todavía tenía ante sí largos años de vida, y que ahora, con la frente bañada en sudor y el corazón lleno de angustia, se sentía condenado a muerte.

-¿Están ustedes, señores?- preguntó Chateaugrand.

-Sí- respondió Luciano.

Chateau-Renaud se limitó a hacer con la cabeza una señal de afirmación.

En cuanto a mí, no atreviéndome a presenciar de frente aquella escena, volví el rostro.

Oí las dos palmadas, y, a la tercera, los dos pistoletazos.

Al volverme, vi a Chateau-Renaud tendido en el suelo, muerto instantáneamente, sin haber exhalado un suspiro ni haber hecho un movimiento.

Arrastrado por la invencible curiosidad que nos impele a seguir hasta el fin una catástrofe, me acerqué al cadáver, y vi que la bala le había entrado por la sien, en el mismo sitio que Luciano indicara.

Luego me acerqué a Franchi, que se había quedado tranquilo e inmóvil, pero que al verme venir dejó caer su pistola y se arrojó en mis brazos, exclamando entre sollozos:

-¡Oh, hermano mío, mi pobre hermano!

Aquellas fueron las primeras lágrimas que vertió Luciano de Franchi.

**FIN**